

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

FUTURO

GALAXIA AL ROJO VIVO

Clark Carrados

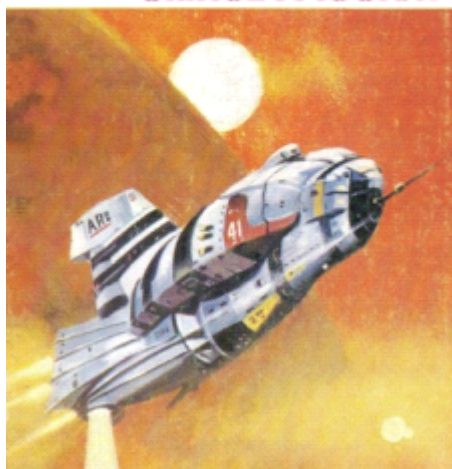
CIENCIA FICCION



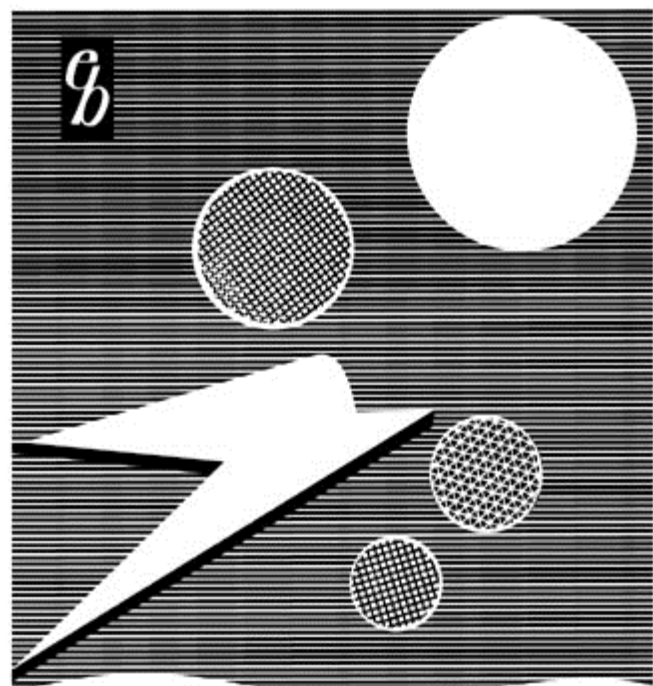
CONQUISTA ESPACIAL
**BRU
GUE
RA**
BOLSLIBROS
FUTURO

**GALAXIA AL
ROJO VIVO**
Clark Carrados

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

706 — *Mundo a la deriva*. Clark Carrados.

707 — *Barbarroja del espacio*. A. Thorkent.

708 — *Las momias*. Ralph Barby.

709 — *Nuestros pequeños visitantes*. Lou Carrigan.

710 — *Esfinge cósmica*. Curtis Garland.

CLARK CARRADOS

GALAXIA AL
ROJO VIVO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 711

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 9.545 - 1984

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición en España: mayo, 1970

1ª edición en América: noviembre, 1970

© CLARK CARRADOS - 1984

texto

© ALMAZAN - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1970

CAPITULO PRIMERO

La guerra podía darse por terminada.

Habían sido derrotados en la más amplia acepción de la palabra. Ya no había nada que hacer, reconoció amargamente Jaris Ultman, coronel y, por muerte de los demás oficiales de alto rango, comandante de las escasas fuerzas que habían sobrevivido a la última batalla.

La nave que mandaba estaba hecha una criba. Decenas de artilleros y especialistas habían muerto en sus puestos, destrozados por los disparos de las naves imperiales. Apenas si quedaban media docena de tripulantes y, de la orgullosa flota de Zantor, un par de naves, además de la suya, agotada la energía y sin medios para utilizar ya las armas de a bordo, eran todo cuanto restaba en aquellos momentos.

La flota imperial había sufrido también graves bajas, pero, superior en número y en calidad de armamento, había conseguido

la victoria sin excesivas dificultades.

El futuro de Zantor, por tanto, quedaba comprometido para siempre. Lo cual significaba el absoluto sometimiento del planeta y de sus habitantes a la omnímoda voluntad de Su Muy Excelsa y Única Majestad Imperial, Attruk XXXVIII, Señor de las Estrellas y Dueño de los Nueve Mil Planetas de la III Galaxia.

Hasta entonces, Zantor había sido independiente y no había reconocido la autoridad de Attruk. Ahora lo haría a la fuerza, porque, después de la derrota, sobrevendría la inevitable ocupación del planeta por las tropas imperiales.

Era obra de actuar con realismo. Habían hecho incluso lo imposible y peleado con honor. Dominando la amargura que sentía, Ultman tocó una tecla.

Una voz de mujer resonó de inmediato en la cabina de mando.

—¿Señor?

—Brenna, transmite la siguiente orden a las naves que nos quedan: Abandonen la lucha. Regresen a casa. Todos los tripulantes supervivientes quedan relevados de sus obligaciones. Firmado: Jaris Ultman, último comandante en jefe de la flota zantoriana. ¿Entendido?

—Si, señor —contestó Brenna Bhott, jefe de comunicaciones.

Ultman quedó sentado en el sillón, contemplando con ojos vacuos la negrura del espacio, en el que centelleaban millones de luminarias. Era un enamorado de su profesión y sabía que ya no volvería a tripular una astronave.

Durante unos momentos, permaneció sumido en sus pocos consoladores pensamientos. De pronto, notó la presencia de una persona en la cámara.

—¿Brenna? —dijo, sin volverse siquiera.

—Sí, coronel —contestó la jefe de comunicaciones.

—Tienes algo que decirme, sin duda.

—¿Qué podría decirte? Todo está dicho ya. Hemos sido vencidos y ahora pasaremos de la categoría de seres libres a la de esclavos. Suponiendo que sigamos con vida, claro.

—¿Qué quieres decir, Brenna?

—Hace dos años, el imperio guerrero contra Wakhil IX. Fue derrotado, como sabes. Todos los supervivientes fueron ejecutados.

—Correremos ese riesgo. Por ahora, estamos vivos, pero, ¿de qué serviría seguir luchando? Quizá Attruk se muestre generoso con nosotros.

—Lo dudo mucho. Attruk actúa siempre bajo la inspiración de ese demonio que es su Gran Mariscal, Nabis Frong. Este le aconsejará que dé la orden de ejecución y Attruk, naturalmente, seguirá sus recomendaciones.

—De todas formas, no pienso lanzar mi nave contra las imperiales. Regresamos a casa, Brenna. Puede que sólo retrasemos nuestra muerte unas fechas, pero vale la pena probarlo, ¿no te parece?

—Sí, señor —suspiró la jefa de comunicaciones.

Ultman hizo girar su sillón y contempló a Brenna, una gigantesca amazona de dos metros diez de estatura, terriblemente fornida y con unas manos capaces de hacer un lazo con una barra de hierro de cinco centímetros de grosor. Pero, casi incongruentemente, Brenna poseía una figura armónica y extrañamente atractiva, aparte de que tenía un rostro de facciones singularmente bellas.

—Brenna, ¿qué harás si nos respetan la vida? —preguntó.

—El murió la semana pasada. Nos habríamos casado muy pronto, de no haberse producido el conflicto. Era un hombre admirable, pero eminentemente pacífico. Le gustaba la vida al aire libre, trabajar la tierra...

—Pero, sin embargo, fue de los primeros en alistarse.

—También le gustaba cumplir con su deber, coronel.

—Lo siento, Brenna. Las guerras siempre son crueles.

Ella sacudió la cabeza.

—Ambos sabíamos que podíamos perder la vida. Lo lamentó y lo lloro, pero me siento orgullosa de haber amado a un valiente.

—Cierto —convino Ultman—. El tiempo lo cura todo. Volverás a enamorarte...

—Con permiso de Attruk, naturalmente.

Ultman se volvió hacia las lucernas.

—En ese aspecto, no me siento demasiado pesimista —declaró.

Pero cuando puso pie en tierra, supo que se había equivocado.

Las tropas imperiales habían desembarcado ya en Zantor y rodearon su nave. Un oficial de alto rango, ataviado con los ropajes escarlata y negro de las fuerzas de Attruk, se adelantó inmediatamente.

—¿Coronel Ultman? —preguntó.

—Sí, yo soy —admitió el interpelado.

—Permita que me presente, señor. Soy el general Hhsiagh, comandante en jefe de la Undécima División, Séptimo Cuerpo de Ejército, de las tropas de su Majestad Attruk XXXVIII. Se me ha encomendado la guarda y custodia del último comandante de las fuerzas zantorianas, por lo que, inmediatamente, le declaro preso y a disposición de la justicia imperial.

Ultman arqueó las cejas.

—Un general... para arrestar a un simple coronel —comentó.

—Puesto que usted es el último comandante en jefe zantoriano, se le considera tiene el grado de general.

—Mi gobierno no me ha ascendido...

—Es una calificación... técnica —sonrió Hhsiagh—. Por favor, general, tenga la bondad de seguirme.

—Un momento —pidió Ultman—. ¿Qué van a hacer con mis tripulantes?

—Quedan libres totalmente, sin cargos de ninguna clase, y podrán retornar a la vida civil, con la única salvedad de que ahora se promulgarán nuevas leyes, que deberán acatar, como el resto de los zantorianos.

—Entonces, debo presumir que Attruk sólo apuntaba a... la cabeza.

Hhsiagh hizo un vago ademán.

—Por aquí, general —invitó.

Ultman se volvió un momento, para agitar la mano en señal de despedida a los seis o siete tripulantes vivos de su nave. En los ojos de la gigantesca Brenna había abundantes lágrimas.

Al cabo de unos segundos. Ultman giró de nuevo y echó a andar. «Hacia el cautiverio, si tengo la suerte de que no me ejecuten», pensó.

* * *

La celda, situada en algún edificio de la capital de Elwhania, planeta centro del sistema galáctico, era relativamente cómoda, aunque no se podía decir calificar de lujosa. No le faltaba de nada, pero el mobiliario se reducía a lo indispensable y, por si fuese poco, no tenía nada para distraerse.

La alimentación era excelente. Un soldado aparecía tres veces al día con una bandeja, vigilado por dos más, armados hasta los dientes, pero no cruzaba una sola palabra con el prisionero. Las horas transcurrían mortalmente aburridas para Ultman quien, al fin, había decidido tomárselo con filosofía y permanecer lo más tranquilo posible, a fin de conservar la cordura y el buen sentido.

Otro comportamiento le conduciría a la locura. Habían entablado una guerra y la habían perdido. Todas las demás consideraciones resultaban inútiles.

De pronto, cuando menos lo esperaba, casi había perdido la noción del tiempo, se abrió la puerta de su encierro. Hhsiagh apareció en el umbral, seguido de un soldado, que llevaba en las manos un gran paquete de lo que parecían ropas limpias.

—Celebro verle, general —dijo Hhsiagh sonriendo—. Le traigo ropas para que se cambie. Por favor, no se demore mucho. Le están aguardando.

—¿Quién? —preguntó Ultman, intrigado.

—Lo sabrá en su momento.

El soldado avanzó unos pasos. Ultman frunció el ceño.

—Parece un uniforme...

—Si —confirmó Hhsiagh—, es un uniforme de general de las tropas del imperio.

Ultman hizo una mueca.

—No puedo vestir el uniforme de mis enemigos...

—Tengo órdenes de ponérselo a la fuerza, si es preciso y, además, esposarle, para que no se rasgue las ropas —dijo Hhsiagh severamente—. Por favor, general...

Ultman pensó que no valía la pena resistirse. Minutos después, se contempló a un espejo, con una amarga sonrisa en los labios.

—Si me vieran en Zantor...

Hhsiagh no dijo nada, limitándose a echarse a un lado, para que pasara el prisionero. Escoltados por media docena de soldados, fuertemente armados, se dirigieron a un ascensor, que les llevó en pocos momentos a un lugar situado a gran altura, a juzgar por el recorrido realizado.

Al detenerse el ascensor, Hhsiagh señaló la puerta que se había abierto silenciosamente:

—Pase, le están aguardando —indicó.

Ultman, sin comprender nada de lo que sucedía, salió del ascensor, encontrándose en una vasta estancia, una de cuyas paredes era totalmente de cristal. Junto a aquel gigantesco ventanal, se hallaba un hombre, sencillamente ataviado con una holgada blusa y pantalones cortos. El suelo, espesamente alfombrado, le permitía estar descalzo.

Cerca del hombre, dormitaba un gigantesco animal. Ultman lo reconoció en el acto: un perro-león de Chell-2, manso como un cordero con su amo, pero de una fiereza inigualable con sus enemigos. La bestia poseía una dentadura de una dureza similar a la del diamante y resistente como el acero mejor templado. La piel, moteada en gris azul y amarillo, era su mejor enmascaramiento cuando se movía por la selva en busca de presas

que raramente se le escapaban.

El hombre contaría unos cuarenta años y era bien parecido. Al volverse. Ultman contuvo el aliento, porque lo había reconocido.

—¿Cómo estás, general? —saludó Attruk XXXVIII.

Ultman hizo una cortés inclinación de cabeza.

—¿Debo contestar que me siento satisfecho, señor?

—No te guardes tu opinión. Habla sinceramente, general.

—Ya he dado mi opinión, señor.

—Gracias por tu sinceridad —dijo Attruk—. ¿Te imaginas para qué te he llamado?

—¿No vas a ordenar que me maten?

—No es ésa mi costumbre, por muchas cosas que hayan dicho de mí las propagandas de mis adversarios. Cuando gano un combate, procuro siempre atraerme al enemigo, general.

—Parece ser que esas palabras significan que mi título es más que meramente honorífico —dijo Ultman.

—Puedo confirmarte en el grado, si lo deseas. En caso contrario, quedarás libre, Jaris Ultman.

—Si acepto tu propuesta, en Zantor me considerarás un traidor.

Attruk sonrió enigmáticamente.

—No vayas a creer que te he traído sólo porque fuiste un valeroso combatiente. Sencillamente, eras el oficial de mayor rango de vuestras fuerzas armadas. Habría hecho lo mismo con otro oficial superior superviviente, ¿comprendes?

—No he pedido un trato especial, señor.

—Calla —ordenó Attruk perentoriamente—. Ahora ya no valen actitudes heroicas. Es preciso enfrentarse con los hechos y atenerse a la realidad, que es, para los zantorianos, menos halagüeña de lo que puedes pensar.

—Claro. Hemos sido derrotados. Zantor está ocupado por tus

fuerzas...

—De todo lo cual, pero, más aún, de las muertes producidas, tiene la culpa tu gobierno.

—Está compuesto por hombres que elegimos libremente, señor —protestó Ultman con vehemencia.

—Eso es lo que pensáis los zantorianos —dijo Attruk con cierto tonillo de desprecio en la voz—. Pero, repito, la realidad es muy distinta, ¿sabes siquiera por qué estalló la guerra?

—Tu embajador pidió bases para tus tropas. Mi gobierno las negó. Entonces, se inició el conflicto...

—Tu gobierno mintió deliberada y miserablemente. Lo único que pedimos fue izar nuestra bandera, en un lugar deshabitado, aunque fácilmente accesible, y permiso para la instalación de un destacamento que, de manera simbólica, declarase a Zantor bajo la protección del Imperio. Nada más, aunque os hicieran creer todo lo contrario.

Ultman se sintió desconcertado. Attruk parecía hablar sinceramente.

Pero, si decía la verdad, ¿por qué el gobierno de Zantor había engañado a sus ciudadanos?

Attruk adivinó las dudas que surgían en la mente de su prisionero y sonrió. Acercándose a una mesa, cogió un sobre de grandes dimensiones y se lo entregó a Ultman.

—Aquí tienes las pruebas de cuanto he dicho. Encontraras los relatos de hechos que te parecerán increíbles, pero que son absolutamente ciertos. Después de la lectura, sabrás que has estado defendiendo a un gobierno indigno, compuesto por hombres venales y sin escrúpulos.

Attruk hizo una pausa. Luego añadió:

—¿Crees que no lamento las vidas que se han perdido, las naves destruidas, las destrucciones inevitables en todo conflicto bélico? Tengo muy mala fama, lo sé, pero es absolutamente innecesaria. Sin embargo, no necesito justificarme ante ti. Mejor que mis palabras, lo harán esos papeles.

Con el sobre en la mano, Ultman miró fijamente a su egregio interlocutor.

—Supo..gamos que me dejo convencer —dijo—. ¿Qué planes tienes después con respecto a mi persona?

Attruk indicó una puerta situada en la pared opuesta a la del ascensor.

—Entra ahí —ordenó—. La lectura de esos documentos, contando que algunos de ellos deberán ser releídos, para que te enteres a fondo de su contenido, te llevará un par de horas al menos. Encontrarás comida y bebida... y también un baño para que te laves las manos, después de tener en ellas tanta inmundicia. Al terminar, vuelve aquí.

Ultman entendió que el emperador daba por concluida la entrevista y saludó con una breve inclinación de cabeza. Llevando el sobre bajo el brazo, cruzó la estancia, abrió la puerta y pasó a la otra habitación.

CAPITULO II

No dos, sino tres horas más tarde, Ultman se levantó y se acercó a la mesa, para servirse una copa de vino.

Necesitaba un trago. Jamás había visto tanta falsía, tanto fraude, tanto engaño... El gobierno de Zantor había actuado de una forma verdaderamente repugnante, traicionando sin el menor pudor los intereses del planeta, a la vez que, era preciso reconocerlo, mediante una inteligente propaganda, hacía creer a la gente todo lo contrario.

Había, además, otro punto que, no suficientemente aclarado, le había sumido en una profunda turbación. Las pruebas no eran contundentes, habían sabido borrar muy bien los rastros de su colosal estafa, pero Ultman estaba convencido de que las elecciones habían constituido un gigantesco fraude.

El procedimiento empleado para persuadir a los ciudadanos de que debían elegir a determinados candidatos, había sido hartamente sutil, pero tremendamente eficaz. El equipo de gobierno había barrido espectacularmente a sus adversarios políticos. Pero, ¿quién estaba detrás de aquellos miserables?, se preguntó, terriblemente afligido.

¿Había luchado por nada? Los millares de tripulantes muertos, ¿habían caído para defender a una cuadrilla de forajidos?

Sus amargas reflexiones fueron interrumpidas bruscamente por la irrupción de una mujer en la estancia. Había otra puerta y, al abrirse, Ultman volvió la cabeza instintivamente.

—Oh —dijo ella—, no sabía que hubiese nadie aquí...

Era una hermosa mujer, de unos treinta años, alta, esbelta, de largos cabellos negros y ojos verdosos. Vestía sencillamente una larga túnica, que dejaba al descubierto un perfecto hombro izquierdo y, salvo una sortija con una esmeralda en la mano izquierda, no llevaba ninguna otra joya.

—Soy Dinolia D'Fhorh —se presentó ella.

Ultman juntó los tacones.

—Jaris Ultman, zantoriano y, accidentalmente, general de las tropas imperiales —se presentó.

Ella le miró largamente.

—He oído hablar de ti, general —manifestó.

—Pésimamente, supongo —sonrió Ultman.

—Prefiero no contestar, ¿Qué haces aquí?

—Su Majestad me dio unos documentos para que los leyera. Ya he terminado, señora.

—Y tienes que verle.

—Esas fueron las órdenes que recibí.

—¿Te importaría esperar unos minutos? Yo tengo que verle para algo urgente...

—Soy tu obediente servidor, señora.

Dinolia sonrió.

—Apuesto algo a que te estás preguntando qué hago en las habitaciones privadas del emperador. ¿Piensas acaso que soy un miembro de su gobierno?

—No es de mi incumbencia juzgar tu presencia aquí, señora.

—Bueno, tarde o temprano lo sabrás... Soy la amante de Attruk.

El emperador es un hombre afortunado —sonrió Ultman.

—Debería haberme convertido en su esposa, pero hay quien prefiere que no pase del papel de concubina. Eso, sin embargo, no creo que te interese mucho, general.

—No estoy al corriente de las intrigas de palacio. Y, en efecto, no me interesan, pero tampoco te critico —dijo Ultman.

—Gracias por tu comprensión. —Dinolia echó a andar—. Terminaré muy pronto —se despidió.

Ultman volvió a quedarse solo. Una vez más, reflexionó sobre la serie de increíbles traiciones cometidas por los hombres en quienes el pueblo zantoriáno había depositado su confianza. ¿Podría algún día hacer públicos aquellos documentos tan

comprometedores?

La puerta de la estancia volvió a abrirse súbitamente. Dinolia apareció en el umbral, con el desconcierto pintado en su hermoso rostro.

—General, ¿estás seguro de que el emperador te aguarda aquí? —preguntó.

—Eso es lo que me dijo al entregarme estos documentos, señora —respondió Ultman.

—Ahora no está...

Ultman se encogió de hombros.

—Tendrá obligaciones que atender —dijo.

—No, no está y me parece que se ha marchado por... — Dinolia se interrumpió bruscamente—. Ven, por favor —llamó.

Ultman caminó hacia la puerta. Dinolia pasó al otro lado, se apartó un poco y luego señaló con la mano el bulto inmóvil que permanecía sobre la alfombra.

—¡Mira! —exclamó.

Ultman contempló el moteado animal tendido en el suelo.

—Sí, ya lo veo; es el perro-león de Attruk...

—¡Está muerto! —gritó ella.

Ultman respingó. Volvió a mirarla un instante y luego, acercándose a la bestia, puso una mano en su lomo.

La piel ofrecía una frialdad inconfundible. Los flancos del animal no se movían en la rítmica respiración del sueño.

Además, los ojos estaban abiertos y las pupilas vidriadas. Sin embargo, no se apreciaban señales de violencia en el cuerpo de la bestia.

De pronto, vio algo que le hizo fruncir el ceño. En el costado izquierdo del perro-león asomaba lo que parecía una delgada espina transparente.

Tiró de ella, pero la espina resistió a salir. Sin duda, tenía punta de arpón, pensó.

—Y esa punta estaba envenenada —murmuró.

Al incorporarse, se volvió hacia Dinolia.

—Attruk no está y su perro-león ha muerto —dijo—. ¿Dónde crees que puede haberse marchado?

—No se ha marchado; lo han secuestrado.

Ultman sintió frío.

—¿Se...cuestrado?

—Sí. Hace algún tiempo, se recibieron informaciones confidenciales acerca de un posible intento de secuestro, pero Attruk no quiso hacer caso y no reforzó su guardia personal. Ahora, desgraciadamente, esas informaciones se han convertido en una desagradable realidad.

—Pero... no entiendo por qué quieren secuestrarle... ¿Van a pedir algún rescate por él?

Dinolia parecía desesperada. Estaba muy pálida y daba la sensación de ir a caerse de un momento a otro.

—Necesito un trago... —dijo, mientras caminaba hacia la otra habitación con paso inseguro.

Ultman se quedó solo. Mientras contemplaba el inmóvil cuerpo del animal, se sintió enormemente disgustado. Ahora estaba inmerso en el centro de una conspiración de vastos alcances, cuyos objetivos, sin embargo, no acertaba a comprender. Pero las cosas podían terminar muy mal para él, si le encontraban en aquel lugar, junto al perro-león muerto y habiendo desaparecido el emperador.

Inesperadamente, se abrió la puerta del ascensor y varios hombres penetraron con violencia en la habitación.

Los recién llegados vestían el uniforme azul y dorado de la guardia personal de Attruk. Uno de ellos, con insignias de capitán, señaló al joven, a la vez que gritaba:

—¡Ese es! ¡Arrestadle!

Ultman retrocedió unos pasos instintivamente. Todos los recién llegados estaban provistos de pistolas neurónicas, pero ninguno dio señales de utilizar tales armas. Cuatro o cinco hombres, en tropel, se arrojaron sobre él, aullando salvajemente.

Ultman agarró una silla y empezó a dar golpes a diestro y siniestro. Dos soldados cayeron, gimiendo sordamente, mientras que la silla se rompía en mil pedazos después de haber derribado al segundo atacante.

Otro soldado le golpeó en un lado de la frente. Ultman se tambaleó, pero pudo mantenerse en pie. Disparó el puño izquierdo, alcanzó una mandíbula y el hombre se desplomó.

El último que quedaba en pie se abalanzó sobre él, cargando como un toro furioso. Ultman se apartó en el último instante y el soldado se estrelló contra la pared de vidrio, que reventó con tremendo fragor. El hombre se precipitó al vacío, pero había perdido ya el sentido y no se enteró de que su viaje iba a terminar a ciento cincuenta metros más abajo.

El oficial sacó su pistola neurónica. Ultman le arrojó otra silla, alcanzándole de lleno en el rostro. El hombre cayó sin sentido instantáneamente.

Ultman se detuvo un instante, jadeante, sin aliento. Estaba en una crítica situación y si llegaban refuerzos, lo iba a pasar muy mal. No volvería a tener tanta suerte, se dijo.

Pero era preciso abandonar el edificio y con aquellos ropajes no podía salir. Alguien sabía que un general había estado con el emperador y recelarían de él inmediatamente.

De pronto, se le ocurrió una idea.

El capitán que mandaba los atacantes, tenía una complexión muy semejante. En menos de cinco minutos, Ultman había cambiado los ropajes, vistiéndose de azul y dorado. Sin ningún escrúpulo, se apoderó también de la documentación del oficial, así como de un puñado de billetes y monedas que llevaba en uno de sus bolsillos.

Saldría del palacio. Más adelante, aquella misma noche, si era posible, compraría ropas civiles. Pero ahora lo que más le importaba era abandonar un lugar en el que nada bueno podía ocurrirle.

Inmediatamente, echó a correr hacia la habitación donde había permanecido tanto rato. En su aturdimiento, ni siquiera reparó en que Dinolia ya no estaba allí. También olvidó algo que, minutos antes, había considerado de suma importancia: los documentos que tanto comprometían al gobierno de Zantor.

Pero, en aquellos momentos, sólo le importaba una cosa: salvar la vida.

* * *

Caminaba sin rumbo por las calles de la capital, habiendo conseguido ya ropas civiles, como un nativo más. Habían transcurrido dos días y todavía no se había atrevido a buscar alojamiento en un hotel.

Había estado en la ciudad en varias ocasiones y la conocía bastante bien. Su verdadera profesión era la de comerciante y el grado militar alcanzado se debía a que pertenecía a la reserva. Cuando se produjo la movilización fue llamado a filas, pero, en realidad, debía volver a la vida civil apenas terminase el conflicto.

Era de noche y se sentía ya cansado. Estaba seguro de que su imagen había sido pregonada a los cuatro vientos. Todas las fuerzas policiales de Elhwanian le buscarían y...

Una mujer le cerró inesperadamente el paso, a la vez que le tendía una mano.

—¿Puedes darme una limosna, señor?

Ultman respingó. La mujer era muy joven, casi una chiquilla, alta, espigada, de largos cabellos muy rubios y rostro en el que se apreciaba una intensa palidez, resultado sin duda de una deficiente alimentación.

Ella vestía pobremente, con ropas ajadas, aunque limpias. Un par de lavados más, se dijo Ultman, y la indumentaria de la mendiga se desharía totalmente en un montón de hilachas.

—No sabía que hubiera mendigos en Elhwanian —dijo, tras reponerse de la sorpresa.

—Esta ciudad no es el paraíso que algunos quieren hacer creer —respondió la muchacha—. Pero si te he molestado, señor...

Ella hizo un movimiento como para marcharse, pero Ultman la retuvo por un brazo.

—Aguarda un momento —pidió—. No te he negado la limosna, pero antes me gustaría hacerte un par de preguntas.

—¿De qué se trata, señor?

—¿Tienes familia? ¿Padres, hermanos, esposo...?

—Soy sola en el mundo, señor.

—Vives en alguna parte, supongo.

—Tengo una casa, pero no sé si duraré mucho. Cualquiera día, me reclamarán algunas deudas que no puedo pagar y me echarán a la calle.

De algo no se podía acusar a Attruk y era de tacaño, Pagaba magníficamente a sus hombres, en especial a los de la guardia personal, y el capitán que debía haberle arrestado llevaba un buen montón de billetes en los bolsillos. Tal vez había estado jugando con buena fortuna en el cuerpo de guardia, cuando recibió la orden de detenerle.

Sonriendo, sacó un billete de cien unidades de moneda, llamadas comúnmente «galácticos», y lo puso en manos de la muchacha.

—¿Cómo te llamas? —inquirió.

—Trysia Toldon, señor.

—Bien, Trysia. Necesito un alojamiento, pero, por razones que no son del caso, deseo la máxima discreción. ¿Puedes cederme en tu casa un par de metros cuadrados de suelo para descansar?

Ella sonrió ligeramente.

—Mi casa es tuya, señor —contestó.

Ultman volvió a asir su brazo.

—Vamos a tu casa, pero quiero que sepas una cosa: soy inocente. No he hecho nada, ¿me comprendes?

—Entonces, te persiguen...

—No lo pasaría muy bien si me atrapasen, Trysia.

—En mi casa estarás seguro, señor —afirmó la muchacha.

CAPITULO III

Era evidente que la casa había conocido épocas mejores, incluso de relativo esplendor. Ahora, sin embargo, quedaban pocos de los muebles originales y el desmantelamiento por falta de medios económicos era evidente.

Durante el trayecto, y por consejo de Trysia, habían comprado algunos alimentos. Ultman cenó con verdadero apetito; durante los dos días precedentes, apenas si había probado bocado, limitándose, a fugaces estancias en lugares poco frecuentados, en los que raramente podía encontrar cosas de comer. Al terminar, se reclinó satisfecho en la silla y miró a Trysia, sentada frente a él.

La muchacha había demostrado también tener un excelente apetito. La cena había devuelto a su rostro buena parte de los colores perdidos. Incluso los ojos tenían un brillo que no había apreciado en el momento del encuentro.

—Vives sola —dijo, al cabo de un buen rato—. ¿No tienes familia? Una chica tan joven debería tener al menos unos padres...

—Mi madre murió de pena hace un año —respondió Trysia—. Tengo padre y un hermano, pero no sé si viven o están muertos.

Ultman arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Fueron acusados de conspirar contra el emperador. Juzgados, se les sentenció a trabajos forzados a perpetuidad. Ahora están, si viven, en los campos de «kronite».

—¿No has podido verles? —se extrañó Ultman.

—El reglamento permite solamente una visita cada tres años. Mi madre estuvo hace algo más de uno. Creo que verles las condiciones en que se encuentran fue lo que le causó la muerte. Yo estaba ausente y no pude ir con ella. Por tanto, hasta dentro de unos veinte meses, tiempo universal, no podré volver a solicitar una visita.

—Y no tienes información...

—No la facilitan. El reglamento, ¿comprendes?

—Unas leyes muy duras —comentó Ultman—. ¿Conspiraban realmente contra Attruk?

Trysia se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo había estado ampliando estudios en la Universidad Espacial de Zghomir-III. Mi madre, sin duda, no quiso darme la mala noticia, a fin de que yo pudiera conseguir el diploma de graduado. Cuando regresé, todo había pasado ya.

—Lo siento terriblemente —dijo Ultman—. Si pudiera hacer algo en tu favor...

Ella meneó la cabeza.

—Ya has hecho bastante —repuso—. ¿Por qué te persiguen?

Ultman sonrió tristemente.

—Yo era el único comandante de la flota de Zantor. Fui hecho prisionero, pero, sorprendentemente, me respetaron la vida. Attruk me llamó a su presencia, para explicarme por qué había guerreado contra mi planeta. Me entregó ciertos documentos para su estudio y me hizo pasar a una habitación contigua. Tres horas más tarde, cuando terminé la lectura, Attruck había desaparecido.

Una expresión de incredulidad surgió de inmediato en el rostro de la muchacha.

—¿Desaparecido? ¿Quieres decir que se ha fugado?

—No. Lo han secuestrado.

—Increíble —exclamó Trysia—. El emperador, secuestrado... ¿por quién?

—Lo ignoro. La persona que me lo dijo, aunque sin darme pruebas de ello, desapareció antes de que vinieran los soldados a arrestarme. Era, por si has oído su nombre, la amante de Attruk, Dinolia D'Fhorh.

—Algo he oído sobre esa mujer, en efecto, aunque nunca me preocupé demasiado de la vida privada del tirano que nos esclaviza. Pero no entiendo por qué lo han secuestrado...

—Yo tampoco y no me importa demasiado, la verdad. Ahora, lo único que me interesa es encontrar un medio de

transporte para dirigirme a Neupax.

Trysia arqueó las cejas.

—¿Por qué a Neupax?

—Porque es un refugio seguro, un mundo absolutamente neutral, en donde todos los perseguidos pueden vivir sin temor a ser arrestados por la policía de ningún planeta de la galaxia, ni siquiera por la del emperador. Y aunque viviré lejos de mi planeta natal, por lo menos estaré seguro y a salvo.

—Deseo que lo consigas —sonrió Trysia—. Sin embargo, un viaje a Neupax puede costar mucho dinero...

—Lo conseguiré, no te preocupes.

Trysia se puso en pie.

—Me has librado de una difícil situación —dijo—. Esta noche no tenía siquiera para cenar. Creo que debo pagarte de alguna manera.

Al terminar de hablar, Trysia se soltó uno de los tirantes de su vestido. Ultman respingó.

—No te he pedido nada y menos eso —gruñó—. Si te he dado dinero, ha sido más por egoísmo que por hacerte un favor, que jamás cobraría de la forma que sugieres.

Ella estaba encarnada hasta las orejas.

—Perdona. Creí que...

—Sólo te pedí dos metros de suelo para dormir —sonrió él.

—Todavía me queda una habitación con algunos muebles. Una cama también, por supuesto.

De pronto, Ultman concibió una idea. Sacó varios billetes más y los puso en manos de la muchacha.

—Cómprame mañana ropas nuevas, pero no lujosas. Tú también puedes comprarte un par de vestidos. Y, por supuesto, más comida, claro.

Los ojos de Trysia se humedecieron.

—Eres muy generoso, señor.

—No, sólo egoísta. Quiero salvar el pellejo —contestó Ultman.

* * *

Después de dos días de incesante vagabundeo por la ciudad, temiendo encontrarse a cada momento con las patrullas de policía, mal alimentado, había cenado opíparamente y se sentía en seguridad, lo que le hizo dormir doce horas de un tirón. Cuando despertó, la mañana era bien entrada y se sentía completamente descansado y en una excelente disposición de ánimo.

Trysia no estaba en casa y supuso que habría salido. Al terminar el aseo, oyó el ruido de la puerta.

Ella venía cargada de paquetes y Ultman se precipitó para ayudarla. Ultman, agradablemente sorprendido, vio que Trysia se había comprado un vestido nuevo, discreto, pero elegante y de buen gusto.

—Traigo noticias, aparte de ropas nuevas para ti —dijo la joven.

—¿Noticias? ¿Qué ocurre?

—Creo que se confirma tu tesis del secuestro de Attruk. Naturalmente, no lo han dicho en el noticiario público que están repitiendo cada treinta minutos por todas partes. Frong, el Gran Mariscal del Imperio, ha asumido las funciones de Regente, con plenos poderes, mientras el emperador se cura de la grave enfermedad que ha contraído inesperadamente y que le impide desempeñar los deberes propios de su cargo.

Ultman entornó los ojos.

—De modo que Frong es ahora el Regente del Imperio, ¿eh? Trysia, esto me huele a conspiración de muy altos vuelos, mucho más peligrosa que la imputada a tu padre y hermano.

—Eso creo yo, señor.

—Me llamo Jaris —sonrió él—. Pero, de todos modos, Trysia, lamento mostrarme egoísta una vez más. La policía del Imperio no me importa absolutamente, y perdona que hable así. A ti te afecta, naturalmente, pero puedes imaginarte, no estoy en

condiciones de ayudarte. En cambio, tú sí puedes ayudarme y mucho.

—¿Cómo? ¿De qué forma? —preguntó ella.

—Antes de la guerra del Imperio contra Zantor, yo era comerciante. Hice varios viajes aquí, a Elhwanian. Puedes imaginarte fácilmente que tenía cuentas en un par de Bancos.

—Ya. Era necesario para tus operaciones comerciales.

—En efecto. Todavía dispongo de unos veinte mil galácticos. Pero no puedo ir a sacar dinero personalmente.

—Con cinco mil, más o menos, podrías conseguir una nave para dirigirte a Naupax —adivinó ella.

—Se necesitaría el doble, puesto que sería un viaje secreto.

—Comprendo. Pero yo no puedo firmar un cheque contra tu cuenta corriente...

—Hay quien sí puede conseguirlo: mi representante en Elhwanian. Te daré el nombre y la dirección, y una nota escrita para él. Ese hombre te dará el dinero y cargará luego el préstamo a mi cuenta. Es una operación perfectamente legal.

—Los bancos suelen guardar el secreto financiero —sonrió Trysia.

—El comercio siempre ha sido así o no habría prosperidad en ninguna parte.

—Muy bien. Cuándo debo ir a hablar con tu representante?

—Estás un poco cansada, me parece...

Trysia negó con la cabeza.

—No, en absoluto; me siento estupendamente. Después de comer, si te parece.

—Perfecto —aprobó Ultman.

Sentíase contento de haberse encontrado con la muchacha. Ello le permitiría escapar a Neupax. Y una vez en su refugio, intocable e intocado por las fuerzas del emperador... «¡Al diablo con la política, con Attruk y con el gobierno de Zantor!», pensó.

Mientras comían, Ultman recordó de pronto algo que le había dicho Trysia la víspera.

—Te graduaste en Zghomir-III... pero, ¿de qué es tu título?

—Psicorradio —contestó Trysia.

Ultman se quedó estupefacto.

—Psico...

—Soy télépata. La técnica actual estriba el empleo de operadores de psicorradio a bordo de las astronaves o estaciones espaciales muy distantes entre sí. Las radios subespaciales que se emplean hoy día, necesitan de estaciones de relevo y, en ocasiones, un mensaje puede tardar semanas enteras en llegar a su destino.

—Eso no sucede empleando télépatas —dijo Ultman—. El pensamiento es instantáneo, ¿verdad?

—Así es —confirmó Trysia.

—Pero no puedes comunicarte con quien no sea télépata.

—Desde luego.

—Y... ¿adivinas los pensamientos de quienes no son télépatas?

Ella vaciló.

—No todos son receptivos. Además, se nos enseña a no penetrar en las mentes ajenas, sin consentimiento.

—De otro modo, habrías sabido de inmediato quién era yo y por qué me perseguían.

—En efecto, Jaris —admitió Trysia.

—Bien, pero, a lo que parece, tus estudios han sido en vano. La administración civil del imperio no te va a conceder un puesto en su sistema de comunicaciones.

—No se fiarían de la hermana de unos conspiradores —rió ella.

De pronto se puso seria.

—Mi padre y mi hermano... Están en un lugar infernal,

suponiendo que sigan con vida...

—No hay forma de liberarles, ¿verdad?

Trysia hizo un gesto negativo.

—No se conoce ningún caso de una evasión culminada con éxito. Además, ¿adonde irían, aunque lo consiguieran?

Ultman guardó silencio unos momentos. Al fin, buscó papel y lápiz y escribió unas líneas.

—Se llama Orthen Mwani —dijo—. Entrégale esto y él te dará los diez mil galácticos.

—Puede creer que se trata de una falsificación —apuntó la muchacha.

—Mwani y yo acordamos una contraseña secreta. Sólo la conocemos nosotros dos. Sabrá que el mensaje es auténtico, no te preocupes.

Trysia le miró fijamente.

—Deseo de todo corazón que puedas llegar a Neupax —dijo.

CAPITULO IV

Trysia estaba poniendo la mesa para la cena, pero se sentía muy intranquila. Había estado la víspera con Mwani, quien le había proporcionado el dinero sin formular preguntas indiscretas. Ella, por otra parte, sabía que el comerciante tenía que estar enterado de la captura de Ultman, como último comandante de las fuerzas zantorianas.

Ultman había salido relativamente temprano por la mañana, pero ya era de noche y, sin embargo, no había regresado ni dado aún señales de vida. La muchacha estaba cada vez más nerviosa y, de cuando en cuando, se sentía asaltada por negros presentimientos.

Todas las fuerzas policiales buscaban a Ultman. Si lo atracaban...

La puerta que daba a la cocina se abrió de pronto. Ella sorprendida, volvió la cabeza.

Ultman apareció en el umbral, sonriendo ampliamente.

—Lamento haberme retrasado, pero me fue imposible venir antes —se excusó.

—Empezaba a sentirme impaciente —sonrió Trysia.

—Repito lo que siento...

—Está bien, no te preocupes. Tendré la cena lista antes de diez minutos...

—Aguarda un momento —rogó él—. Ven conmigo, por favor.

Trysia, intrigada, siguió al joven, hasta la parte posterior de la casa, en donde había un pequeño jardín, con un ancho espacio despejado en su centro. Una lámpara, sobre el dintel de la puerta posterior, iluminaba el recinto y, aunque precariamente, lo suficiente para ver sin dificultad los objetos de mayores dimensiones.

—¿Qué pasa? —preguntó Trysia, cada vez más intrigada—.

¿Por qué me has traído hasta aquí?

—Avanza un poco en línea recta, por favor... ¡Pero más despacio! —exclamó Ultman unos segundos más tarde, justo en el momento en que Trysia lanzaba un pequeño grito de dolor y se llevaba la mano a la frente.

—¡Jaris! ¿Qué pasa? ¿Quién me ha golpeado en la frente?

Ultman se echó a reír.

—Nadie te ha pegado —contestó— Has sido tú, al avanzar demasiado rápidamente, y chocar con un obstáculo invisible.

Trysia, desconcertada, se volvió hacia su huésped.

—¿Qué obstáculo? —preguntó.

—Un aeromóvil, con dispositivo de invisibilidad absoluta y sistemas de antidecepción total. No puede ser registrado en ninguna pantalla detectora ni tampoco advertido por medios ópticos o a ojo desnudo. Sus ocupantes, por tanto, resultan asimismo invisibles.

—Es fantástico —dijo la muchacha—. Había oído hablar de estos aparatos, pero nunca vi uno ni llegué a creer que existieran...

Ultman le agarró por un brazo.

—Vamos adentro —propuso—. Tengo que explicarte algunas cosas que te interesan directamente.

Ella, desconcertada, se dejó conducir de nuevo al interior de la casa. Sentíase invadida por una curiosidad sin límites, pero Ultman no quiso hablar hasta que estuvieron sentados a la mesa. Entonces, dijo:

—Trysia, vamos a rescatar a tu padre y a tu hermano.

Ella se quedó con la boca abierta, incapaz de articular palabra.

Ultman sonrió, complacido del efecto de la sorpresa causada por su declaración, y movió la cabeza de arriba abajo.

—Lo dicho: vamos a rescatarles —insistió.

—Pero... eso es imposible..., No sabemos dónde están...

—Dijiste que los habían llevado a los campos de «kronite».

—Hay varios y, en cada uno, miles de prisioneros. Imposible conocer con exactitud el lugar en que se encuentran.

—Trysia, si mañana te correspondiera el turno de visitarles, te informarían sin duda dónde podrás hacerlo, ¿no es así?

—Tendría que ir a las oficinas del gobierno y presentar la solicitud. Una vez aprobada, me darían una tarjeta, señalándome lugar y hora para la visita. Los llevarían allí y luego los volverían a su encierro. Nunca se sabe en qué lugar se encuentran...

Ultman frunció el ceño. La respuesta de la muchacha constituía un obstáculo que parecía insalvable, para la consecución de sus proyectos. Pero algo tenía que hacer, se dijo.

De pronto, antes de que pudiera volver a hablar, sonaron unos golpes en la puerta delantera.

Los dos volvieron la cabeza a un tiempo, terriblemente sobresaltados. Ultman, sin embargo, fue el primero en reaccionar.

—¿ Esperas a alguien? —preguntó en voz baja.

—No, nadie. Hace mucho tiempo que no recibo visitas. Nuestros amigos no se quieren comprometer —respondió Trysia amargamente.

Los golpes se repitieron con cierta insistencia. Ultman se puso en pie.

—Abre —indicó, a la vez que extraía una pistola del interior de su blusa—. Si es la policía, tendremos que escapar en mi aeromóvil. Tal vez —deseó— sea mi amigo Mwani...

Trysia se puso en pie, mientras él se situaba junto a la puerta, la muchacha abrió y, apenas lo había hecho, una alta figura, envuelta de los pies a la cabeza en una capa negra, cruzó el umbral y se coló rápidamente en el interior de la casa.

Una voz femenina emitió una orden perentoria:

—¡Trysia, cierra la puerta, rápido!

Al mismo tiempo que hablaba, la recién llegada se quitaba la capucha que ocultaba su rostro casi completamente. Ultman la reconoció y no pudo contener una exclamación de asombro.

—¡Dinolia!

La mujer se volvió hacia él, sonriendo ampliamente. —Yo misma, general —respondió.

* * *

Repuesto de su sorpresa, Ultman se apresuró a ayudar a Dinolia a despojarse de la capa. Ella quedó vestida con un traje de una pieza, de color marrón oscuro, casi negro, que permitía apreciar las líneas de un cuerpo sumamente esbelto. Dinolia agitó la cabeza, para sacudir un poco el pelo, y luego, acercándose a la mesa, tomó una copa con vino que todavía no había sido probado.

—Sorprendidos, ¿eh? —sonrió.

—Un poco —admitió Ultman—. Confieso que eres la última persona a la que esperaba en esta casa... pero ya que estás aquí, ¿por qué no explicas los motivos de tu presencia aquí?

—Ella me conoce —terció la muchacha—. Yo jamás he hablado contigo. Dinolia.

La recién llegada tomó un sorbo de vino.

—Te conoce Mwani y es mi primo —contestó.

—Viejo zorro —gruñó Ultman—. El nunca me habló de tu parentesco contigo.

—Entonces, yo no había alcanzado el muy alto rango de amante del emperador —contestó Dinolia desenvueltamente—. Estaba casada con otro hombre, pero nos divorciamos. No resultó un matrimonio satisfactorio.

—Señora, ¿has venido aquí solamente para contarnos tus asuntos privados? —preguntó Trysia con hostilidad mal disimulada.

Dinolia se volvió y miró a la muchacha un instante, sin mostrar enojo por las palabras que acababa de escuchar. Luego, con cierto aire de indiferencia, se encaró de nuevo con Ultman.

—Mwani me habló de la visita de esta muchacha y su relación contigo. Entonces, deduje que debías de estar aquí y

acerté —explicó.

—Sí, has acertado, pero aún no has dicho por qué me buscas —alegó Ultman.

—Jaris, el emperador ha sido secuestrado, como, sin duda, no ignoras.

—Lo sé, señora.

—Bien, en tal caso, te haré saber por qué estoy aquí. Simplemente, quiero que me ayudes a rescatar a Attruk.

Ultman parpadeó.

—Es más de lo que soñaba en oír de tus labios —dijo.

—¿Te parece fantástico?

—Sospecho que Nabir Frong es el autor del secuestro, aunque ignoro sus motivos. Pero no lo habrá hecho, sin efectuar todas las previsiones posibles, a fin de evitar un fracaso.

—Lo que significa que Attruk está, además de muy bien guardado, en un lugar completamente inaccesible. Y secreta por supuesto —intervino Trysia.

—Cierto —admitió Dinolia sin pestañear—. Frong es ahora, prácticamente, e incluso a efectos legales, el amo del Imperio. Pero también tiene algunos enemigos.

—Yo, la primera —declaró Trysia con vehemencia—. Y también lo soy de tu amante, señora.

Se volvió hacia el joven.

—Jaris, aunque no te lo pedí, te relevo de la propuesta que me habías hecho. Y, desde luego, no cuentes conmigo para que te ayude en el disparate que te ha pedido esta zorra, porque no levantaré un solo dedo para evitar que Attruk siga secuestrado, esté donde esté.

—Ella se siente muy resentida —manifestó Ultman.

—Conozco los motivos, Mwani me lo ha contado todo. Pero, en nombre de Attruck, puedo prometerle el indulto de su padre y su hermano...

—¿Podrás devolver a la vida a mi madre, muerta de pena al

ver la situación en que se encontraban los dos hombres quienes acabas de mencionar?

El tono de Trysia continuaba siendo abiertamente hostil. Dinolia, por contraste, se mostraba tranquila, sin dar señales de sentirse ofendida por las acerbos recriminaciones de la muchacha.

—Aún no me has contestado, Jaris —dijo Dinolia.

—¿Qué puede hacer un fugitivo de la justicia? —preguntó el joven amargamente—. Frong me habrá acusado de ese secuestro...

—Y temes que, si te atrapan, te maten.

—¿Puede ocurrir algo distinto, Dinolia?

—Si encuentran al secuestrador, tendrán que liberar a Attruck. Y eso no les conviene.

Ultman respingó ligeramente.

—¿Quieres decir que no me persiguen?

—No —respondió Dinolia—. Frong ha suspendido las órdenes de búsqueda emitidas contra ti. Cometió un error al acusarte de ese secuestro y lo ha rectificado, declarándote inocente.

—Vaya, es una buena noticia —sonrió Ultman—. Eso significa que puedo moverme libremente por todas partes.

—Excepto para intentar el rescate del emperador, claro.

—Que es lo que tú me estás proponiendo, Dinolia.

—Te propongo que me ayudes a encontrarlo.

—Es decir, no sabes dónde está.

Dinolia hizo un gesto negativo.

—No tengo la menor idea —admitió.

Ultman reflexionó unos momentos.

—Dinolia —dijo al cabo—, acepto, pero con una condición.

—¿Sí?

—Me había comprometido antes con Trysia, para libertar a

su padre y a su hermano, encerrados injustamente en un campo de «kronite». Averigua dónde están; a ti te resultará fácil, desde luego.

—Lo haré —prometió Dinolia—, ¿Y después?

—Una nave para que puedan viajar sin problemas a Neupax. Mientras, yo haré algunas averiguaciones por mi cuenta. Y, en cuanto la familia Toldon esté en viaje seguro hacia Neupax, haré cuanto me pidas para rescatar a Attruk.

—Un trato justo —accedió Dinolia. Luego miró a la muchacha—, ¿Qué opinas tú. Trysia?

Ella entornó los ojos.

—Antes de dar un solo paso, y no por egoísmo, yo procuraré liberar a mi padre y a mi hermano —dijo.

—¿Por qué? —se sorprendió la visitante.

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Trysia.

—En las cárceles se tiene siempre mejor información que la que se encuentra... al aire libre —contestó.

—Ellos no están en la cárcel...

—No se diferencia demasiado, ¿verdad?

Las dos mujeres se miraron unos instantes. Luego, Dinolia se volvió hacia Ultman.

—Tengo personas de mi confianza, que procurarán informarse dónde están los Toldon —dijo.

—Sé discreta —aconsejó el joven.

Dinolia asintió. Ultman comprendió que iba a marcharse y la ayudó a ponerse la capa.

Momentos después, Ultman y Trysia volvían a quedarse solos. La muchacha tenía una expresión dubitativa en su rostro.

—¿Qué opinas, Jaris? —inquirió.

—Nos ayudará. Está enamorada de Attruk, aspira a convertirse en su esposa y odia al Gran Mariscal.

—Tres motivos muy poderosos para ponerse de nuestro lado

—resumió así Trysia sus pensamientos sobre el particular—. ¿Cuándo piensas salir a hacer tus investigaciones personales? —preguntó.

—Ahora mismo —contestó Ultman resueltamente, mientras se dirigía hacia la puerta.

* * *

El hombre ofrecía un aspecto melancólico, bebiendo en un rincón de la taberna, solo, ajeno al relativo bullicio que reinaba a su alrededor. Aparentaba unos cincuenta años, era casi calvo, delgado, de ojos saltones y nariz aguileña. Una mujer de cuerpo exuberante y muy escotada, se le acercó y le dijo algo, pero el sujeto rechazó la oferta con un movimiento de cabeza.

Ella curvó los labios despectivamente.

—¿Has perdido ya la virilidad, Ghiwil Drank? —dijo, a la vez que giraba sobre sí misma.

El individuo emitió una maldición en voz baja. Alguien, después de que la mujer se hubiera marchado, dijo:

—Estoy seguro de que mantienes tu potencia genésica como en tus mejores tiempos, mucho más satisfactoriamente que el estado de tus finanzas. ¿Me equivoco, Ghiwil?

Drank alzó la cabeza y se sintió enormemente sorprendido al ver a Ultman, en pie, frente a la mesa.

—Por los cien millones de espíritus malignos de la Galaxia —exclamó—. ¿Qué infiernos hace aquí el combatiente más valeroso de Zantor?

Ultman sonrió a la vez que, agarrando una silla, se sentaba frente al otro.

—Fuimos derrotados. Zantor está ahora sometido a la ocupación por parte de las tropas imperiales —contestó—. Pero lo sabes, supongo.

—Sí, aunque no me explico tu presencia aquí... ¿Te has metido a conspirador contra Attruk? ¿Vas a iniciar la resistencia contra el invasor desde este planeta?

—Afirmativo, a lo primero, aunque involuntariamente. Respecto a lo segundo, habría mucho que hablar y no es ése el tema que vamos a tratar tú y yo esta misma noche. Pero tu copa está vacía...

Ultman agitó una mano, vino una camarera y le pidió de beber. Hasta que no hubieron tomado un par de buenos tragos, no volvió a hablar el joven.

—Ghiwil, si mal no recuerdo, tú eras uno de los mejores prospectores de comercio, lo que equivale a decir investigador. Sabías muchas cosas y las que ignorabas, llegaban muy pronto a tu conocimiento.

—Redacté un informe sobre cierto asunto. Mi informador me engañó; resultó más astuto que yo. Consecuencia: el cliente perdió una verdadera fortuna. Nadie ha querido contratarme después y estoy en la miseria.

—Un fallo lo tiene cualquiera. Somos humanos, Ghiwil —dijo el joven filosóficamente—. Pero quiero hacerte dos preguntas. Y estoy dispuesto a pagar tu colaboración, si accedes a ello.

—Habla, general —invitó Drank.

—¿ Dónde está el emperador?

CAPITULO V

Drank se frotó la mandíbula con aire preocupado.

—Se rumorea que ha tenido que retirarse para cuidar su salud muy quebrantada. La guerra con Zantor le ha consumido muchas energías...

—Ha sido secuestrado por el Gran Mariscal —dijo Ultman.

Los ojos de Drank chispearon un instante, pero su rostro no cambió de expresión.

—Me lo sospechaba, pero ni siquiera me atrevía a pensarlo. En este planeta, incluso pensar ciertas cosas puede costarte el pellejo.

—O el encierro en un campo de «kronite» —dijo Ultman intencionadamente.

—Lo mismo da. Pero si pides mi ayuda, empezaré por decirte que sólo hay un sitio al que Attruk haya podido ser llevado.

Ultman miró un instante a su antiguo conocido y, discretamente, sacó un billete de a mil, que le pasó por debajo de la mesa.

—Me gustaría darte más, pero me es imposible —murmuró.

—No te he pedido nada...

—Fuimos y seguimos siendo buenos amigos. Si sucediese al revés, yo no rechazaría tu ayuda, Ghiwil.

El hombre sonrió.

—Eres un tipo estupendo, Jaris. Si un día vuelves a los negocios, dame un empleo, aunque no sea más que de vigilante de tus almacenes.

—Cuenta con ello, Ghiwil. Y ahora, dime dónde está Attruk.

—Para mí, sólo hay un sitio, ya lo he dicho antes. El Monte de las Siete Estrellas. Ultman arqueó las cejas.

—Nunca he oído hablar de un lugar semejante —declaró.

—Está en el centro del desierto de Signar-el-Bard. Es una especie de cono de roca, casi perfecto, que se levanta a unos mil quinientos metros sobre la llanura circundante. En seiscientos kilómetros a la redonda, no hay una sola gota de agua, de modo que el viajero imprudente puede morir de sed a poco que se descuide,

—Una montaña de mil quinientos metros, ¿eh? ¿Hay algún palacio?

—Sí, cerca de la cumbre, en el lado norte. La base de la montaña está casi totalmente rodeada por un enorme estanque, procedente del único manantial que hay en la comarca. Para llegar a la cumbre, es preciso utilizar aeromóviles o un viejo funicular de cremallera, que sólo funciona en ocasiones solemnes. En tiempos se utilizó para los turistas, pero el paisaje no es muy agradable y la clientela empezó a escasear. Eso le costó la cabeza a un ministro de Finanzas, pero ya es otra historia.

—La residencia, supongo, estará más que vigilada.

—Imposible llegar por aire y menos por el ferrocarril. El único medio, tal vez sería...

Drank se lo dijo al joven y éste se sintió pasmado.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Absolutamente. Fue otro disparate, como el ferrocarril, pero sigue en funcionamiento, aunque ya no se utilice.

—Será cosa de pensárselo. ¿Por qué le llaman el Monte de las Siete Estrellas?

—Cuando se llega allí, de noche y por la autopista antigua, se ve una especie de corona, formada por siete estrellas muy brillantes, que parecen faroles situados en la cima. Es otro de los espectáculos que se ofrecían a los turistas, pero...

—Sí, ya lo has dicho: resultó un fracaso, aunque ahora lo haya aprovechado un ambicioso Gran Mariscal. Ahora, Ghiwil, dime algo sobre los campos de «kronite».

El sujeto pareció sentirse extrañado por la solicitud.

—¿Qué se te ha perdido ahí en ese infierno?

—Dos amigos. Quiero sacarlos, Ghiwil.

—No será fácil, Jaris.

—Por eso he venido a verte. Dime, ¿cómo podría hacerlo?

—De ninguna manera, ¿sabes? Naturalmente, todos tienen el mismo sistema de defensa, de alarma... y una triple alambrada electrificada, de siete metros de altura. Hay anuladores de energía de las naves que puedan sobrevolar el campo, sin haber emitido la señal en código que se cambia cada doce horas y... En fin, olvídalo, Jaris. Ruega por el eterno descanso de tus amigos, es lo único que puedes hacer.

Pero el joven no se rendía tan fácilmente.

—Dame más detalles —exigió.

Drank añadió algunos datos, uno de los cuales sorprendió extraordinariamente a Ultman.

—¿Por qué han hecho eso?

—Para evitar un posible asalto por parte de unos presos amotinados. De este modo, el suministro de energía queda constantemente garantizado...

—Comprendo. Ghiwil, no sé cómo darte las gracias —sonrió Ultman.

—Ya lo has hecho antes —contestó el sujeto—. Pero el billete que me has dado incluye una última recomendación.

—¿Si?

—Attrul, y ahora Front, tienen espías por todas partes. Estoy viendo a un tipo que no me gusta nada y apostaré el billete de mil contra un pañuelo de papel a que está vigilándote.

—No me conoce personalmente...

—Tendrán fotografías tuyas. Además, tu imagen apareció en la televisión después de la guerra con Zantor...

—No sigas, es suficiente —cortó Ultman—. Bueno, voy a marcharme. Trataré de confirmar si ese tipo es un espía y procuraré deshacerme de él.

—Te acompañaré, Jaris —dijo Drank.

Los dos hombres salieron andando con naturalidad. A los pocos momentos, Drank susurró:

—Confirmado. Nos sigue.

—Tendremos que deshacernos de él, Ghiwil.

—Déjelo de mi cuenta.

Caminaron un poco más. De pronto, Drank dijo:

—Sigue andando y no te preocupes de más. No vuelvas la espalda por nada del mundo.

Ultman obedeció el consejo de su amigo, quien se había metido en una calle transversal, como si se hubieran separado. El espía no aminoró el paso por ello y continuó el seguimiento del joven.

De pronto, cuando rebasaba la esquina, alguien le atacó por detrás. Primero le golpeó con el puño en la parte posterior del cráneo. Luego, cuando caía, lo recogió en brazos, arrastrándole hacia la oscuridad.

El hombre despertaría, si lo dejaba allí, tendido, se dijo Drank mientras sacaba un pequeño cuchillo.

Instantes después, limpiaba la hoja en las propias ropas del espía. Al hacerlo, notó un bulto, que llamó su atención. Era una pequeña caja, cuyo objeto comprendió de inmediato.

Sin perder tiempo, echó a correr tras el joven, alcanzándolo a los pocos momentos.

—Era un espía —dijo.

Ultman arqueó las cejas.

—¿«Era»? —repitió.

—No había otro remedio —se defendió el sujeto—. Y está bien hecho, porque estuvo grabando toda nuestra conversación.

Drank le enseñó la caja, lo que provocó el asombro del joven.

—¿Grabar lo que hablábamos, con el jaleo que había en la taberna? —exclamó, al rehacerse de la sorpresa.

—Tiene micrófono «Di-Se». Direccional-Selectivo, para que lo entiendas. Aísla los otros sonidos y registra sólo los que desea el usuario. Y, por fortuna, el aparatito no tiene transmisor incorporado.

—Habrás que destruir esa grabación, Ghiwil.

—Yo me ocuparé de ello. Bueno, aquí nos separamos general...

Ultman estrechó la mano del sujeto.

—Nunca te agradeceré bastante lo que has hecho por mí —dijo.

—Me debes un empleo de vigilante —rió Drank.

* * *

Trysia aguardaba levantada el regreso del joven y le miró con ansiedad al verle cruzar el umbral.

—¿Has conseguido algo? —preguntó.

—Por el momento, informes. Mejores sobre Attruk que sobre tu familia.

—Me lo temía —dijo ella en tono de reproche.

—Espera, no te precipites. Sólo hay un emperador secuestrado, mientras que hay una docena de campos de «kronite», con millares de prisioneros. Encontrar a una persona en un lugar donde sólo hay sitio para él, aparte de sus guardianes, siempre resulta más fácil...

—Comprendo, no sigas —cortó Trysia—. Pero, suponiendo que llegues a saber exactamente el paradero de mi familia, ¿a quién rescatarás primero?

—Aunque los prisioneros están muy bien guardados, rescatar a dos es mucho más fácil que liberal al emperador. Tengo un plan, pero no puedo ponerlo en práctica, hasta que sepamos con exactitud en qué lugar están encerrados.

Trysia suavizó su expresión.

—No sé qué decirte para disculparme... Me sentía muy nerviosa...

—Es comprensible —sonrió Ultman—. ¿Te importa que me vaya a dormir? Estoy cansado, Trysia.

—Claro —respondió la muchacha—. ¿Debo despertarte a una hora?

—No, a menos que me llamen por videófono.

—De acuerdo. Buenas noches, Jaris.

Ultman dormía todavía profundamente a la mañana siguiente, cuando sintió unos golpecitos en la puerta de su habitación. Luego oyó la voz de la muchacha:

—Te llaman, Jaris.

El joven se despertó instantáneamente. Envolviéndose en una sábana, corrió a la sala. El rostro de Dinolia aparecía en la pantalla del videófono.

—Campo número cuatro —dijo la mujer.

—Una buena labor —sonrió él.

—Nos ayudamos recíprocamente, Jaris.

—Por supuesto. Y, en cierto modo, tengo buenas noticias para ti, pero... ¿No hay riesgos de que seamos escuchados?

—Ninguno —aseguró Dinolia—. Los campos de «kronite» forman una especie de semicírculo absolutamente regular, situado a unos trescientos cincuenta kilómetros de la capital. Puesto que hay doce, el ángulo es de quince grados, contando como centro el palacio de Attruk.

Ultman hizo un rápido cálculo.

—Por tanto, la separación entre cada recinto es de unos noventa kilómetros —dijo.

Aproximadamente. Bueno, ahora ya sabes lo que te interesa. ¿Qué me cuentas tú de mi problema?

—He localizado al perdido. Pero antes quiero hacer lo otro.

—Si te sucede algo, yo me quedaría en la ignorancia...

—No te preocupes, lo sabrás antes de lo que piensas. Ah, necesito dinero.

—¿Cuánto? —preguntó ella sin pestañear.

—Veinticinco mil.

—Hoy mismo los tendrás, Jaris.

—Gracias.

Al terminar, Ultman volvió a su habitación y se vistió. Trysia le aguardaba con la mesa puesta.

—He oído la conversación —manifestó.

—Anoche te dije que tenía un plan. Voy a empezar a ponerlo en práctica. Pero no esperes tener aquí, esta noche, a tu padre y tú hermano.

—Sabré tener paciencia. ¿Puedo conocer el plan?

—Aguarda un poco, por favor.

Después de desayunar, Ultman hizo una llamada por videófono. El rostro soñoliento de Drank apareció a los pocos instantes en la pantalla.

—Maldito el que me despierta, por todos los siglos...

—Tienes trabajo, gruñón —cortó Ultman sonriendo—. Desayuna pronto, levántate y búscame una duplicadora de imagen.

Drank lanzó un aullido.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo que te puede suceder si te sometes a la acción de esa máquina?

—¿No te sientes capaz de proporcionármela?

—Una docena te llevaría, pero, si he de serte sincero, yo no me metería dentro por todo el oro de la Galaxia.

—Tú, no, pero yo sí, Ghiwil.

—Bueno, si estás loco... ¡Pero falta el operador!

—Tú te encargarás de las operaciones. Empieza a buscar la máquina y ya te diré el momento en que debes traerla a mi casa.

—Necesitaré dinero...

—¿Cuánto?

—Cuatro mil para empezar.

—Pago al contado. Busca, Ghiwil.

Drank emitió un bufido y cortó la comunicación. Ultman se dio cuenta de que la muchacha le contemplaba con curiosidad y sonrió.

—¿Para qué quieres esa máquina? Tuvo éxito en un principio, pero ya no se usa apenas... —dijo ella.

—En esta ocasión, la necesito, pero no me hagas más preguntas. Por cierto, ¿te gustaría tomar parte en la operación de rescate de tu familia?

—No querría quedarse mano sobre mano, mientras tú corres riesgos por ellos —respondió Trysia.

—Muy bien. Ahora ya sabemos dónde están. Por tanto, las cosas se han puesto más fáciles, pero ello no significa que vayamos a actuar hoy mismo. Antes tenemos que hacer algunos preparativos y puede que eso cueste algunos días.

—Haré todo lo que tú digas, Jaris. Pero ¿quién es ese hombre con el que has hablado hace unos momentos?

—Un antiguo... empleado —contestó él—. Cometió un error y perdió el crédito profesional, pero yo sé que es de los mejores en su oficio. Por eso lo he contratado para que me ayude.

—Será de confianza, supongo.

—Tanto como tú. Trysia.

Ella sonrió.

—Nunca podré olvidar lo que haces por mí —declaró.

CAPITULO VI

El gigantesco camión de transporte, capaz de mover sesenta toneladas sobre sus veinte ruedas, se detuvo ante la verja que permitía el acceso al campo de prisioneros. Sobre la verja había una plataforma alargada, en la que estaban situados los centinelas, equipados con las armas más sofisticadas para evitar no sólo posibles evasiones sino también asaltos desde el exterior.

Cada cien metros, había una torreta de vigilancia, con dos hombres armados con ametralladoras de luz sólida, cuyas descargas resultaban efectivas hasta los mil quinientos metros. Al otro lado de la triple alambrada electrificada, en uno de los extremos del recinto, se veían los edificios donde se transformaba el mineral extraído de las entrañas del suelo, convirtiéndolo en lingotes de «kronite» pura al 99'99, cualidad indispensable para ser utilizado como combustible no sólo en las astronaves sino en toda clase de lugares donde se necesitara un suministro inagotable de energía.

El «kronite» tenía una cualidad: «ardía» sin dejar rastro, transformándose de una manera casi absoluta en energía. Cada kilo del metal dejaba apenas una milésima de gramo de residuos y bastaba un lingote de veinticinco kilos para abastecer de energía a una astronave durante años enteros, antes de su agotamiento.

Un oficial salió al encuentro del enorme vehículo. Ultman enseñó unos papeles. El oficial los examinó y luego hizo un gesto con la mano:

—Pasa. Los prisioneros te ayudarán a la descarga.

—Gracias, señor.

Ultman hizo moverse de nuevo al vehículo. Un soldado se situó en el estribo y le indicó dónde debía llevarlo. Mientras, un grupo de soldados escoltaba a un pelotón de prisioneros hacia el lugar de descarga.

Ultman se mantuvo impasible, mientras vigilaba las operaciones. Los prisioneros cargaban con los bultos que había transportado y que le habían costado una fortuna. Pero todos contenían artículos que se necesitaban en el recinto. A este

respecto, la ayuda de Drank había resultado de gran eficacia.

Los soldados relajaron su vigilancia. Ultman decidió aprovechar la ocasión y, simulando examinar una de las ruedas del camión, se acercó a uno de los prisioneros.

—¿Conoces a los Toldon? —preguntó.

El hombre respingó.

—Todos los conocen en este infierno —respondió.

—Bien, tengo un mensaje para ellos. Y para ti también, si quieres salir de este campo.

—No deseo otra cosa... ¿Qué debo hacer?

—Mañana, dos horas después de la medianoche, ocurrirá algo. Entonces, todos los prisioneros debéis amotinaros. Por lo que suceda, sabrás que el motín tendrá un éxito absoluto, pero no puedo decirte más, ¿comprendes?

—Sigue —pidió el prisionero—. ¿Qué más debo hacer?

—Habrá un aeromóvil aguardando a los Toldon fuera del campo, a dos mil metros, en dirección sur. Díselo cuando los veas. No lo olvides: dos horas después de la medianoche.

El hombre asintió. Cargó con una caja de provisiones y se marchó.

Al cabo de un rato. Ultman volvió a la cabina del camión y lo puso en marcha, para dirigirse a la salida. Treinta kilómetros más allá, lo detuvo en el fondo de una barrancada, en la que, a los pocos momentos, se hizo visible un aeromóvil.

El aparato estaba tripulado por Trysia. Ella saltó al suelo inmediatamente. Había ansiedad en su rostro.

—¿Los has visto? —preguntó.

—No, pero antes de que se haga de noche, recibirán el mensaje. Ten paciencia; su cautiverio ha terminado.

Había lágrimas en los ojos de Trysia.

—Nunca podré olvidar esto que haces por mí... Attruk y sus podridos cortesanos son quienes deberían estar encerrados en ese infierno...

—Puede que eso suceda algún día —dijo Ultman—. Y ahora, ¿qué te parece si, mientras descansamos, tomándonos un bocadillo, repasamos el plan una vez más?

Ella se esforzó por sonreír.

—A veces me porto como una chiquilla mal criada, pero no lo puedo remediar. Las circunstancias...

Ultman apretó su brazo con gesto comprensivo.

—No te atormentes —dijo—. Pronto habrán terminado tus problemas.

—Y empezarán los tuyos.

—Empezaron hace mucho tiempo y no sé cuándo tendrán fin —respondió el joven con acento lleno de pesimismo.

* * *

El edificio donde se hallaban los generadores que proporcionaban luz y energía al campo de prisioneros, estaba fuera del recinto, como medida de precaución, para evitar un asalto, en el caso de un motín. Seguro de que nadie podría llegar hasta allí, el lugar carecía de vigilancia, aunque la próxima torre de centinelas se hallaba escasamente a cien metros de distancia.

El aeromóvil, invisibilizado, se detuvo a pocos pasos del edificio. Ultman se hizo visible al saltar fuera. Luego, el aparato, pilotado por Trysa, alzó el vuelo nuevamente, mientras Ultman, pesadamente cargado con una mochila, corría hacia la puerta que permitía el acceso al interior del bloque.

Se preguntó si habría alarmas que funcionasen al intentar abrirla sin la llave correspondiente, pero dada la falta de precauciones en torno al edificio, basada en la seguridad de que nunca ocurriría nada, ello no parecía probable. Sin embargo, no pudo evitar contener el aliento mientras aplicaba a la cerradura la finísima llama de un diminuto soplete, capaz, pese a su tamaño, de alcanzar temperaturas superiores a los 5.000 °C.

En menos de veinte segundos, la cerradura se convirtió en

humo. Ultman empujó, pasó al otro lado y cerró a sus espaldas.

La estancia donde se hallaban los generadores y el cuadro de instrumentos se hallaba iluminada débilmente, pero había la luz suficiente para maniobrar sin necesidad de lámparas portátiles. Ultman corrió primero hacia el cuadro de control, examinó los instrumentos unos instantes y luego se aplicó al trabajo.

Uno de los generadores proporcionaba mil quinientos voltios a la alambrada electrificada. Los otros actuaban para los distintos servicios del campo, en voltajes normales. Pero, en caso necesario, también podían aumentar la tensión de la corriente.

Durante unos minutos, Ultman trabajó activamente, uniendo cables en algunos sitios y separándolos en otros, pero procurando en todo momento que no se alterasen las condiciones de luz y energía del campo. El último empalme quedó sin realizar, pendiente del funcionamiento de un mecanismo de relojería, que lo haría cuando el joven se hubiese alejado de allí lo suficiente para evitar daños personales.

Al terminar, consultó el reloj. Faltaban escasos minutos para la hora acordada. Con el mismo sigilo que a la llegada, salió al exterior, se alejó unos cien metros, paralelamente a la alambrada y luego se tendió en el suelo.

Elhwanian tenía dos lunas, una de las cuales se hallaba más abajo del horizonte. La otra se hallaba en el final del menguante y apenas si daba luz al paisaje. Mientras aguardaba el momento calculado, Ultman preparó un aparato de control remoto que formaba parte del equipo transportado en la mochila que llevaba a la espalda.

Los últimos segundos fueron de una tensión extrema. Si fallaba... Pero todo saldría bien, se dijo, para animarse a sí mismo.

Repentinamente, la alambrada pareció incendiarse con unas enormes ráfagas de luz blanquísima. La corriente, aumentada su intensidad en millares de voltios, circuló instantáneamente por todo el recinto, causando en muchos sitios la fusión de los metales, en medio de horripilantes chasquidos.

La electricidad se propagó a las torres de vigilancia, de las que brotaron espeluznantes alaridos. Las torres se derrumbaron en su mayoría, mientras las alambradas saltaban por todas partes, despidiendo torrentes de blancas chispas, producidas por el metal fundido instantáneamente.

El fenómeno duró apenas cinco segundos, pero fue suficiente. Después de los estallidos de las descargas eléctricas, hubo unos instantes de silencio, roto casi en el acto por el atronador clamoreo de millares de condenados que abandonaban tumultuosamente sus alojamientos.

Ultman, todavía en la misma postura, maniobró el aparato de control remoto. El camión de transporte se acercó al campo, aumentando su velocidad gradualmente.

El vehículo tenía todas las luces encendidas. Ultman lo dirigió hacia los edificios donde se alojaban los hombres de vigilancia. Como un leviatán prehistórico, el gigantesco camión se precipitó contra aquellos bloques, destrozándolos en medio de un fragor apocalíptico.

Parecía como si el planeta entero fuese a saltar en mil pedazos. La confusión era indescriptible y Ultman, satisfecho, supo que había destruido uno de los infiernos creados por la mente delirante de un desalmado megalómano, incapaz de sentir el menor aprecio por la vida ajena.

De un salto, se puso en pie y echó a correr. Era previsible una reacción por parte de los guardias supervivientes, por lo que corrió, bordeando los límites del recinto, mientras dejaba caer al suelo, a intervalos regulares, unas pequeñas esferas que había llevado con el equipo.

Eran bombas, graduadas para explotar a los quince segundos del lanzamiento. En su frenética carrera, Ultman dejó caer docenas de aquellos artefactos, el primero de los cuales estalló en el tiempo previsto.

Su marcha se vio jalonada por una serie de relámpagos y detonaciones de indescriptible volumen. Ultman sonrió, mientras se imaginaba a los guardias terriblemente desconcertados, sin saber adonde acudir y, con toda probabilidad, tratando de defenderse contra los ataques de miles de prisioneros enfurecidos.

Un cuarto de hora más tarde, llegaba al lugar acordado. El estruendo en el recinto se había atenuado considerablemente. Ahora, pensó, los prisioneros fugitivos se esparcirían en su mayoría hacia los caminos que conducían a la capital. El se hallaba en la dirección opuesta, preparándose para dar por finalizada la primera parte de la operación de rescate de los Toldon.

De pronto, una masa oscura se hizo visible casi encima de él.

—¡Eh, cuidado, que me vas a aplastar! —protestó a voz en cuello.

Trusia se apeó segundos después.

—Dispénsame; no te había visto... ¿Cómo ha ido la operación. Jaris?

—Bien, todo salió como se esperaba. Ahora sólo faltan...

Ultman se interrumpió, porque acababa de ver dos siluetas que se acercaban a aquel lugar.

—Ahí vienen —exclamó, tras una corta pausa.

Trysia se puso una mano en el pecho. Los dos hombres caminaban con dificultad, el más viejo sostenido por el joven, cuyo estado no parecía tampoco demasiado satisfactorio.

La joven echó a correr hacia ellos, llamándolos a gritos, entre gemidos y sollozos. Los tres miembros de la familia Toldon se fundieron en un estrecho abrazo, mezclando risas y lágrimas indistintamente.

Ultman, paciente, aguardó a un lado, hasta que Trysia se hubo recuperado de las emociones recibidas. La muchacha se le acercó y le tendió una mano.

—Has cumplido tu palabra —dijo—. Nunca lo olvidaré, por más años que viva, te lo juro.

—Bien, me alegra mucho oírte hablar así, pero si piensas continuar con el capítulo de agradecimientos, déjalo para otro rato. Ahora tenemos algo más importante que hacer y, de todas formas, la tarea no ha terminado todavía.

Trysia comprendió en el acto.

—Sí, tienes razón —convino—. Jaris, vienen muy enfermos. ¿Me ayudas a subirlos a bordo?

—Claro —sonrió Ultman.

CAPITULO VII

La nave que había de transportar a los Toldon a Neupax era un astroyate, veloz como pocos, con capacidad únicamente para media docena de pasajeros, con un solo piloto, pero con todas las comodidades necesarias. Mwani se había encargado de alquilar el aparato y Ultman sabía que no habría cometido errores: el piloto, por tanto, tenía que ser hombre de su absoluta confianza.

Los rescatados se habían repuesto un tanto durante el viaje, merced a los estimulantes que les habían sido administrados, aparte de un par de sustanciosas comidas. Asimismo, Ultman les había procurado ropas nuevas, a fin de despojarse de los uniformes que debían llevar reglamentariamente durante su estancia en el campo de prisioneros.

La nave estaba dispuesta para zarpar. Ultman se despidió de los dos hombres y se encaminó hacia la escotilla, en la que se encontraba la muchacha.

—Bien, ya he terminado un trabajo —sonrió él—. Ahora me queda otro, bastante más peligroso, pero, de todas formas, espero realizarlo con éxito. Quizá vaya a verte un día a Neupax, Trysia.

Ella le miró de un modo especial.

—Aguarda, no corras tanto —exclamó—. Tengo que decirte algo.

—Como quieras, pero date prisa. No podemos perder ya mas tiempo...

—No voy a Neupax. Me quedo en Elhwanian. Contigo, Jaris.

Ultman respingó.

—Estás loca...

—Estoy plenamente cuerda y decidida a quedarme. No te opongas, porque será inútil —dijo ella firmemente.

El joven se dio cuenta de que era inútil insistir.

—Salta, seguiremos discutiendo en tierra; no podemos

retrasar más el despegue.

—De acuerdo.

Trysia agitó la mano en dirección a su padre y hermano y luego descendió rápidamente la corta escalerilla. La compuerta se cerró inmediatamente.

Ultman la apartó de la nave, que levantó el vuelo en el acto, perdiéndose de vista en la noche a los pocos momentos. Luego, a muy corta distancia del aeromóvil, se encaró con la muchacha.

—Bien, explícate —pidió.

—Es bien sencillo. Jaris. Has visto a mi padre y a mi hermano. Eran sólo unas piltrafas humanas.

—En Neupax se repondrán.

—Lo sé, pero, ¿qué habría pasado, si no te hubiese encontrado a ti?

—Trysia, siempre dije que es absurdo especular con lo que hubiera sucedido en un caso, si no se hubiese producido determinada circunstancia, que dio origen a hechos distintos. Me encontraste, te ayudé y eso es todo.

—Conforme. Has rescatado a mi padre y a mi hermano, y no lo olvidaré nunca. Pero yo también tengo algo que hacer: también quiero ayudarte a rescatar a Attruk.

Ultman escrutó penetrantemente el rostro de la muchacha. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Trysia, de acuerdo, ven conmigo —accedió—. Pero antes te haré una advertencia. No la tomes a chanza, no la olvides en ningún momento o tendrías que lamentarlo todo el tiempo que pensabas emplear en agradecerme lo que he hecho por tu familia.

—Perfectamente, tomaré buena nota de tu aviso. ¿De qué se trate?

—Si vienes conmigo por venganza, olvídalo. Más motivos tengo yo para vengarme de Attruk y ya sabes por qué, pero me interesa más que siga vivo. No sé si lo entenderás, aunque tampoco me importa demasiado. Pero no pienses, en absoluto, en cometer una acción heroica, sacrificándote después de haberle dado muerte. ¿Me has comprendido?

—Sí, Jaris —contestó ella, impasible.

—No pienses en pasar a la posteridad, como la heroína que hizo justicia con un tirano. Ni ese papel te sienta bien, ni a mí me conviene, y, por otra parte, la época de las heroínas ha pasado al olvido.

Trysia sonrió.

—¿Qué te ha hecho cambiar, Jaris? —preguntó.

Ultman lanzó un profundo suspiro.

—Siempre fue algo que detesté profundamente, pero las circunstancias me han hecho cambiar. Se llama alta política y eso es algo que obliga a dejar los sentimientos a un lado, para buscar solamente los efectos prácticos —respondió.

* * *

Sonaron unos golpes en la puerta. Ultman, pistola en mano, se levantó, cruzó la sala, mientras Trysia apagaba la luz y abrió un poco.

—¿Dinolia? —inquirió.

—Sí —respondió una voz desde el otro lado de la entrada.

Ultman terminó de abrir. Después de cerrar, Trysia encendió las luces nuevamente. Ultman ayudó a la recién llegada a quitarse la capa.

—¿Quieres beber algo? —ofreció.

Dinolia hizo un gesto negativo. Luego se sentó a la mesa frente a la dueña de la casa.

—Sé que tu padre y tu hermano vuelan sanos y salvos hacia Neupax. Te felicito —dijo.

—Gracias, aunque lo de sanos es algo que parece una burla —contestó Trysia secamente—. Pero sanarán, no te preocupes.

—Discúlpala —intervino Ultman—. Está resentida...

—Lo comprendo —dijo Dinolia—. Bien, dejémonos de cosas

que ya han sido solucionadas y pasemos al principal. Jaris, ¿cuándo piensas actuar?

—Están terminando de buscarme algunos objetos para el equipo que necesito. Cuando todo esté listo, no puedo predecirlo con exactitud, intentaré el rescate de Attruk.

—Está en el Monte de las Siete Estrellas, ya lo sabes.

—Desde luego.

—¿Qué método piensas utilizar para llegar a la cima? ¿Alguna aeronave?

Ultman hizo un gesto negativo.

—¿El funicular, que funciona una vez al mes para los turistas?

—Tampoco. Hay una parte del recinto que está rigurosamente prohibida a los visitantes. No serviría de nada y si me separase de los grupos encabezados por los guías, me convertiría inmediatamente en sospechoso.

—Podrías hacer un viaje para exploración —sugirió Dinalia.

—No —rechazó él la idea—. El próximo viaje del funicular... bueno, los próximos, porque son cuatro en una jornada, no se realizará hasta dentro de tres meses. Demasiado tiempo.

Dinolia se sentía desconcertada.

—¿Entonces, por dónde piensas acceder al palacio?

Ultman hizo un gesto en dirección a la muchacha.

—Ella, hace días, dijo que en las cárceles se tiene a veces información que no se consigue en la calle. He obtenido detalles que son desconocidos no sólo para la gran mayoría, sino incluso para aquellos que creen saberlo todo.

—Muy bien, explícate...

—Perdona, pero hay cosas que ni tú misma debes conocer.

—No confías en mí, ¿eh?

—Si todo resultase normal, te lo diría, pero no puedo correr el riesgo de que Frong te encierre en alguna parte y te torture para

hacerte hablar. Tu... protector no está y nadie levantaría un dedo para defenderte.

—Comprendo —se resignó Dinolia—. ¿Temes a Frong?

—¿Quién no lo teme? —sonrió Ultman—. Sería estúpido pensar que él se ha descuidado, una vez conseguido el cargo de regente del Imperio. Es hombre precavido, además de astuto, y naturalmente, calculará que alguien trata de rescatar a Attruk, lo cual procurará impedir a toda costa. Hay que pensar así, Dinolia, no tenemos otro remedio.

—Conforme. Pero si tienes éxito, me gustaría saber.

—Tendrás noticias apenas lo haya rescatado. ¿Puedes tú ahora, darme alguna que nos interese?

—Sólo una: Grong ha encargado al coronel Visstin de la vigilancia del emperador. Visstin, a su vez, tiene un ayudante, el capitán Korpottron, un perro fiel, pero muy inteligente. A éste le ha encomendado que te busque y te dé muerte dondequiera que te encuentre, siempre que sea con la máxima discreción.

—Tomaré nota de esos dos hombres —sonrió Ultman.

—Algunos dicen que Korpottron tiene, realmente, el olfato de un auténtico sabueso de cuatro patas. Es un dicho algo exagerado, pero no cabe duda de que sabe conseguir lo que se propone. Siempre, Jaris.

—Lo tendré en cuenta.

Dinolia se puso en pie.

—Supongo que todavía te estarás preguntando qué hice cuando descubrí que Attruk había desaparecido.

Ultman hizo un gesto ambiguo.

—Eso ya no tiene importancia —contestó.

—Pude verlo un instante, cuando ya se lo llevaban, pero no me fue posible alcanzarles. Sin embargo, conseguí evitar que Frong se apoderase de ciertos documentos que Attruk había puesto en tus manos y que tú, descuidadamente, abandonaste allí. Cuando hayas rescatado al emperador, tendrás los documentos.

—Gracias, Dinolia.

Ella se envolvió nuevamente en la capa.

—Te deseo el mejor de los éxitos —se despidió.

—Sé discreta —aconsejó Ultman.

* * *

Al quedarse solos, Ultman se sirvió una copa de vino. Luego miró a la muchacha.

—¿Que piensas de Dinolia? —quiso saber.

—Una mujer muy bella.

—Indudablemente.

—Y ambiciosa.

—Desde luego.

—Pero enamorada de Attruk.

—Apasionadamente —sonrió Ultman.

Trysia dudó un instante. Luego continuó:

—A veces pienso que Dinolia, si consiguiera llegar a emperatriz, podría resultar un elemento moderador en la política de Attruk —dijo.

—Es posible.

—Pero sería preciso apartar de la corte imperial a ciertos tipos que sólo piensan en sí mismos, egoístas y crueles.

—Como el actual regente.

—Y un círculo de fieles secuaces, ávidos de fortuna y de honores, y ajenos por completo a los sufrimientos de las gentes sencillas.

—Costará un poco, suponiendo que se consiga, Trysia.

—Jaris, ¿no hará nada Attruk en ese sentido, si conseguimos rescatarle?

—Esperemos que cambie de proceder, cosa que ya me pareció trataba de hacer, cuando me llamó a su presencia. Quizá por eso mismo, Frong ordenó su secuestro, ¿comprendes?

—Sí. Una pregunta sobre algo que no me has dicho a mí misma —dijo la joven.

—Habla —invitó Ultman.

—No irás por el aire ni el funicular. Entonces, ¿por dónde piensas acceder a la cumbre del Monte de las Siete Estrellas?

—Por el camino menos esperado por los guardianes del emperador —respondió.

Trysia sintió que se le paraba la respiración.

—¿Por el...?

—Sí —confirmó Ultman.

—Pero... ¡son más de mil quinientos metros!

—Lo sé.

—Y ahora no funciona...

Ultman sonrió.

—Llegaremos a la cima —aseguró.

Trysia se puso un dedo en la sien y simuló el efecto de barrera.

—Estás loco —dijo.

—Eso pensarán algunos más, pero no me importa —respondió él jovialmente. De súbito, se puso serio—. Trysia, nos largamos inmediatamente —añadió.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—No lo sé a ciencia cierta. He tenido un presentimiento... De pronto he recordado a Korpottron y su magnífico olfato. Tú, que eres telépata, ¿no te sientes capaz de penetrar en su mente?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, y otro rato te explicaré por qué, como tampoco puedo penetrar en la tuya, ni siquiera con tu permiso. Pero creo que

tienes razón: debemos marcharnos de aquí cuanto antes. Puede que sólo sean aprensiones, pero es mejor no tener que enfrentarnos con Korpotttron.

CAPITULO VIII

Alguien sí había tenido que enfrentarse con Korpottron y lo lamentaba con aullidos que no tenían nada de humanos. Ghiwil Drank era una pura masa de dolor, de la cabeza a los pies, y los sicarios que lo torturaban, sin sentir el menor remordimiento, se sentían hasta cierto punto admirados de la increíble resistencia opuesta por el prisionero.

Al final, Drank acabó por ceder, ya que sabía que, de todos modos, su existencia había llegado al final. Había tratado de ser leal, pero le era imposible continuar las negativas.

—Creo... que debe de estar... con la chica Toldon... —gimió.

Korpottron, bajo, membrudo, con unos brazos que parecían nudosas ramas de árbol centenario, hizo un gesto de asentimiento.

—Es todo lo que necesitaba saber —dijo.

Inmediatamente, hizo señales a cuatro de sus secuaces. Dos más quedaron con el prisionero.

Al salir, Korpottron hizo otro gesto. Uno de los verdugos asintió y se acercó a Drank.

El desgraciado casi acogió con alivio el pinchazo dirigido a su corazón. La larga aguja permaneció unos segundos dentro de su víscera, hasta que se detuvo por completo.

Mientras, Korpottron volaba en un aeromóvil hacia la casa de Trysia. Antes de un cuarto de hora, llamaba a la puerta, sin obtener respuesta.

—¡Derribadla! —ordenó.

Dos hombres se lanzaron contra la puerta, que cedió con fuerte estallido. Inmediatamente, Korpottron se precipitó en el interior de la casa, para llegar minutos más tarde, a una desagradable conclusión:

—¡Se han largado! —exclamó, poseído por una rabia infinita.

Al cabo de unos momentos, consiguió tranquilizarse. Salió de la casa, para entrar en el aeromóvil y, sentándose ante el puesto de pilotaje, conectó la radio, empleando para ello una frecuencia acordada de antemano.

—Número Cuarenta —dijo—. Llama al Número Cero Uno. Es muy urgente.

—Enterado —contestó alguien—. Le avisaremos inmediatamente.

—Gracias.

Korpottron aguardó unos momentos. Una voz algo chillona sonó de inmediato:

—Hable, Cuarenta.

—Señor, los pájaros han volado.

—Sin duda, se refiere a Ultman y la chica.

—Sí, señor.

—Una lástima. Informaré de ello a Sin Número.

—Es lo más conveniente, opino, señor. Pero también deberíamos estar prevenidos...

—Lo sé. Cuarenta, no me descuido en absoluto.

—Señor, continuaré buscando...

—Déjelo. Ellos vendrán aquí, sin duda alguna. Le necesito para organizar la recepción en la forma apropiada.

—Bien, señor.

—Eso es todo. Cuarenta. No se demore.

Korpottron cerró el transmisor. Hizo una mueca.

Ultman y la chica se le habían escapado. Pero sabía adónde se dirigían y se propuso recibirles en persona.

—La diversión resultará mayor, cuanto más larga sea la espera —filosofó.

A la noche siguiente, en el interior del aeromóvil invisibilizado, Ultman entregó un paquete a la muchacha.

—Tienes que cambiarte totalmente de ropa. Ponte la que hay dentro y quítate absolutamente todo lo que llevas puesto.

De pronto, alargó una mano y tocó una de sus orejas.

—Los pendientes también —añadió—. Son de metal.

—¿Qué pasa con el traje que llevo puesto? ¿No es lo suficientemente elegante para llegar a la presencia del Emperador? —preguntó ella con acento cargado de ironía.

Ultman suspiró.

—Tiene algunas piezas metálicas, botones, esos adornitos... No llevaremos encima nada que contenga metal, para evitar la detección, ¿comprendes?

—El aeromóvil es ahora indetectable...

—Lo sé, pero, en el momento en que desembarquemos, podrían detectarnos, porque cesaría la protección del aparato. Anda, haz lo que te digo.

—Entonces, no podrás llevar siquiera una pistola...

—La tengo, pero es de plástico, como el resto del equipo.

—¿Qué proyectiles dispara eso chisme? ¿Bolitas para jugar los niños?

—No seas tonta. Si tengo que usarla, ya sabrás qué dispara. Anda, vístete de una vez.

Trysia miró a todas partes.

—No hay intimididad...

Ultman levantó los brazos.

—Creí que serías una chica moderna, que había superado ciertos prejuicios —clamó—. Está bien, me volveré de espaldas.

—Te gustaría contemplar el espectáculo, ¿eh?

—Las he visto más hermosas —respondió él, deliberadamente desdeñoso, a la vez que giraba en redondo.

La cabina era lo suficientemente amplia para poder permanecer en pie, pero no disponía de camarotes reservados. Ultman contempló el árido paisaje durante unos momentos, hasta que oyó la voz de la muchacha:

—Puedes volverte, estoy lista —dijo Trysia.

Ultman giró de nuevo y sintió que se quedaba sin respiración. Ella, completamente desnuda, le miraba a la vez que sonreía en actitud claramente provocativa.

—¿De veras hay mujeres más hermosas que yo? —preguntó.

—No soy tu espejo —rezongó él de mal talante.

Trysia lanzó una estridente carcajada. Luego, sin mostrar el menor sonrojo, empezó a ponerse el traje que le había proporcionado el joven.

Minutos después, estaba como vestida de nuevo. Entonces, Ultman tiró algo al suelo, con disimulo.

—Eh, se te ha caído uno de tus pendientes. Míralo, está allí...

Trysia, ingenua cayó en la trampa y se agachó. Entonces, Ultman le asestó una fuerte palmada en el saliente final de la espalda.

Ella gritó y se revolvió, furiosa. Ultman la miró severamente.

—No vuelvas a provocarme jamás —dijo.

Trysia se mordió los labios.

—Lo siento —se disculpó humildemente.

—Está bien, no se hable más del asunto. Ahora, vamos a terminar de perfilar los detalles del plan de ataque a la montaña.

—¿Falta algo más todavía? —se sorprendió Trysia.

—Sí, algo muy importante, porque vamos a nadar, para llegar al lugar desde donde iniciaremos el verdadero asalto.

—¡Nadar! —resopló ella—. Si lo hacemos en la superficie,

nos verán, Jaris.

Ultman sonrió, a la vez que sacaba una cajita de forma redonda.

—Píldoras de oxígeno —dijo—. Cada una de ellas permite la inmersión, sin aparatos, durante un mínimo de quince minutos. Por tanto, nadaremos sumergidos, con sólo un par de píldoras, que nos garantizarán treinta minutos de respiración bajo el agua. Nos sobrarán diez minutos, créeme.

—¡Asombroso! —calificó Trysia.

—Lo es. El resto del equipo, naturalmente, también es de plástico.

—Pero si tenemos que pasar por un lugar oscuro, necesitaremos una linterna y todas tienen partes metálicas...

—Trysia, si necesitamos alumbrarnos, recurriremos a ciertos procedimientos ahora solamente ornamentales, pero que se utilizaban en forma masiva antes de que se descubriese la electricidad como medio imprescindible para obtener luz en las tinieblas.

Ella abrió la boca, estupefacta.

—¡Una vela! —exclamó.

—Si es necesario, usaremos velas —confirmó él.

* * *

El aeromóvil. invisibilizado, se detuvo junto al borde del lago que contorneaba casi completamente la base del Monte de las Siete Estrellas. En circunstancias ordinarias, Ultman y Trysia habrían podido disfrutar del paisaje, pero no habían ido allí para gozar de las bellezas naturales del lugar. Apenas hubo aterrizado el aparato, Ultman se aprestó a iniciar el asalto al punto donde unos desaprensivos ambiciosos tenían secuestrado a Attruk.

Ultman acercó a la escotilla un pesado bulto, de forma cilíndrica, con uno de sus extremos redondeados, y luego sacó una cajita de la que extrajo dos píldoras, que entregó a su acompañante.

—Tómatelas. A partir de este momento, no necesitarás oxígeno para respirar —dijo.

Trysia tragó las píldoras y él hizo lo mismo. Inmediatamente, se dispusieron a abandonar el aeromóvil.

Los dos vestían trajes de una sola pieza, completamente ajustados al cuerpo, con capucha que dejaba solamente libre el rostro. Además, Ultman llevaba una mochila de forma alargada, que ocupaba su espalda casi por completo, de modo que el bulto que hacía resultaba muy poco perceptible.

Trysia ya había sido instruida debidamente. En menos de treinta segundos estuvieron con el agua a las rodillas. Ultman empujaba el cilindro con ambas manos. Ella le seguía, asida a una cuerda que pendía del cinturón del joven.

—Ahora —dijo Ultman de pronto.

En pocos instantes, se sumergieron en las aguas. Había unos seiscientos metros de distancia, pero Ultman esperaba cubrir aquel espacio en bastante menos de media hora.

El cilindro era, parcialmente, un depósito de aire comprimido, con escape en la parte posterior. Ultman maniobró para sumergirse hasta unos diez metros. Trysia, agarrada constantemente a la cuerda, le seguía puntualmente.

Al llegar a la profundidad deseada, Ultman abrió la válvula del aire comprimido, el cual, por la simple ley física de la reacción, propulsó el aparato hacia adelante, remolcando a los dos jóvenes. A cada segundo que transcurría, Trysia se sentía más admirada del ingenio que demostraba Ultman, capaz de idear las más fantásticas soluciones para problemas aparentemente insolubles.

Muy pronto notó la falta de necesidad de oxígeno. En otras circunstancias, no habría resistido bajo el agua un minuto, pero ahora llevaba ya diez minutos y se sentía perfectamente.

Transcurrió un tiempo que no supo calcular. De pronto notó que sus rodillas chocaban contra el suelo y siguió arrastrándose durante unos metros, hasta sentir unas manos que la asían por debajo de las axilas.

La voz de Ultman resonó suavemente en sus oídos.

—Estamos fuera del agua —dijo—. Siéntate y aguarda mi

momento. . ,

Trysia no veía nada. Estaba rodeada de tinieblas absolutas y no tenía la menor idea del lugar en que se hallaba. Inesperadamente, oyó un ligero chasquido y vio brillar una luz.

Ultman sonrió, mientras mantenía en alto una vela encendida.

—Te dije que no haría falta linterna eléctrica, Trysia.

Ella miró a todos lados. Estaban en un túnel, de paredes rezumantés, uno de cuyos extremos terminaba en las aguas del lago. El suelo del túnel seguía una dirección ligeramente ascendente, pero la poca luz que daba la vela no permitía ver su final.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ten la vela un momento —pidió él.

Ultman desarmó en parte el cilindro, dejando atrás el tubo de aire comprimido.

—Nos servirá para la vuelta —dijo.

Luego sacó algunos objetos y los cargó en la mochila. Trysia, asombrada, vio algo parecido a una red finísima, que casi cabía en el puño, y que Ultman se enrolló en torno a la cintura. Al terminar, Ultman se colgó del hombro izquierdo una funda con su pistola.

—Es de plástico y utiliza proyectiles también de plástico, impulsados por aire comprimido. Tiene un desgaste lógicamente mayor que una pistola de metal, pero sus efectos son análogos a corta distancia —explicó él.

—No te privas de nada —dijo Trysia sonriendo.

—Conviene que seamos prevenidos. Y, aguarda, todavía no ha empezado lo peor.

—¿Qué hay peor todavía. Jaris?

Ultman agarró su mano y tiró de ella.

—Ven y lo verás —contestó.

Durante diez minutos, caminaron por el interior del túnel,

hasta desembocar en el interior de un pozo vertical, cuyas dimensiones dejaron petrificada a la muchacha.

El pozo tenía una sección circular y había una especie de carriles verticales, cuatro en total, por parejas, sostenidos por enrejado de metal y tirantes que iban a las paredes de roca, a fin de dar la máxima solidez a la armazón. Parecía una gigantesca jaula, cuya anchura no bajaba de seis metros y cuyo objeto resultaba incomprensible para Trysia.

A la derecha, y a la escasa luz de una vela, divisó el arranque de una escalera de peldaños metálicos, que se perdía en las alturas. La escalera ascendía en tramos alternativos, en zigzag, con un descansillo entre cada uno de ellos y estaba situada en la parte exterior de la armazón metálica de rieles y viguetas.

Frente a ella, pero ya a un nivel inferior, vio lo que parecía una cúpula de curvatura no demasiado pronunciada, hundida en el fondo del pozo. Ultman la señaló aquella rara estructura.

—El ascensor —dijo.

Trysia contuvo el aliento.

—¿Para qué querían un ascensor...?

—Caprichos de un ministro que perdió el cargo, por derrochar el dinero en obras megalómanas. La boca de la cueva que permite el acceso desde el lago no esta totalmente bajo el agua. Su Majestad podía bajar aquí, para practicar la natación, sin molestarse apenas en andar... Bueno, el ministro ya pagó sus culpas, pero la obra quedó y eso es lo que nos interesa.

—¿Piensas utilizar el ascensor? —preguntó Trysia.

—No creo que funcione. Además, si lo pusiéramos en movimiento, arriba lo notarían y eso es algo que debemos evitar a toda costa.

Trysia se rascó un poco la cabeza. . .

—Entonces, no sé cómo vamos a cubrir los mil quinientos metros que hay hasta la cima...

Ultman golpeó con la mano la barandilla protectora de la escalera.

—Esta será nuestra vía de acceso —exclamó.

Ella creyó que perdía el aliento.

—¡Mil quinientos metros! Pero... eso significa... ¡siete mil quinientos peldaños por lo menos!

—Es una escalera, para el servicio de mantenimiento. Naturalmente los operarios empleaban pequeños montacargas que les ahorran recorrer grandes distancias y que eran desmontados una vez finalizada la tarea. Pero había momentos en que era preciso llegar por otros medios y por ello se construyó la escalera.

—Nosotros no tendremos un montacargas auxiliar —dijo la joven tristemente.

Ultman sonrió.

—Pero llegaremos, que es lo que interesa.

Trysia, invadida a su pesar por una especie de morbosa curiosidad, se acercó a la armazón y miró hacia arriba.

—Veo una estrella —dijo.

—Es lógico —contestó él, mientras cargaba la mochila a la espalda—. Será una de las siete que han dado nombre a la montaña.

De pronto, movió la mano derecha y golpeó el final de la espalda de la joven.

—¡En marcha! —ordenó.

CAPITULO IX

De cuando en cuando, hacían un alto para descansar. Ultman se dio cuenta de que no culminarían la ascensión aquella misma noche, por lo que se decidió a montar un campamento a unos mil doscientos metros del fondo y cuando por la boca superior se avistaban ya las primeras luces del nuevo día.

Trysia, agotada, se dejó caer en el suelo de uno de los descansillos, con la espalda apoyada en la barandilla protectora.

—No puedo más —dijo—. Tengo los músculos de las piernas que parecen de madera...

Ultman sacó de la mochila una pequeña tableta, que entregó a la muchacha, junto con una cantimplora de agua.

—Alimento energético —dijo—. Te dejará como nueva.

—Pero no vamos a seguir dentro de media hora, para asomar a la luz del día...

—Tuvimos que llegar al lago bien entrada la noche. Eso nos retrasó más de lo esperado. Saldremos cuando se haya ido la luz del día, pero antes de la medianoche.

—Supongo que fue Dinolia quien te facilitó todos los detalles sobre el ascensor.

—Sí, desde luego. Su información ha resultado muy útil, como has tenido ocasión de comprobar.

—Sobre eso, no existe duda alguna. Pero, dime, ¿cómo piensas sacar al emperador, si consigues rescatarlo?

—Hay dos procedimientos posibles: uno de ellos, el aeromóvil, programado para llegar automáticamente a la cumbre y a una hora determinada. El otro es volver por el camino que estamos siguiendo.

—Arriba debe de haber una vigilancia terrible...

—Nos esperan por el aire o en funicular, con un grupo de turistas. No se les habrá ocurrido pensar que utilizamos el pozo

del ascensor.

—Bien —suspiró ella—, y, ¿qué pasará tras el rescate?

—Si no conseguimos rescatarlo, la galaxia se pondrá al rojo vivo, bajo la tiranía de un hombre sin escrúpulos como Frong. No es que Attruk sea lo que se dice un santo, pero resulta mucho más moderado.

—El menor de los males, ¿eh?

—Con tendencia a virar hacia el bien —dijo Ultman.

—¿Quién te ha hecho cambiar de opinión?

—Leí unos documentos. He conversado, además, largamente con otras personas: Dinolia, Mwani, mi representante, el pobre Ghiwil Drank...

—¿Por qué dices «pobre»? —se extrañó ella.

—Temo que haya sido capturado por Korpattron. Lo habrán obligado a hablar y ya puedes imaginarte los métodos utilizados. El caso es que confiaba en Ghiwil para que me proporcionase la duplicadora... Pensaba llegar con el aspecto de Attruk; ello habría provocado la confusión entre sus guardianes..., pero no me ha quedado otro remedio que actuar directamente.

—Confiemos en la suerte, Jaris —dijo Trysia.

—Espero... que no nos esperen allá arriba —sonrió él.

Trysia se sentía muy fatigada y se durmió a los pocos minutos. Entonces, Ultman se puso en pie y, silenciosamente, reanudó la ascensión, hasta llegar a unos cincuenta metros escasos de la boca de salida.

La luz resultaba muy intensa en aquel lugar, pero el que mirase desde el exterior, no podría ver nada. Inmediatamente, se desenrolló la red que llevaba en torno a la cintura y empezó a trabajar.

Una hora más tarde, comprobó personalmente la solidez de la red. Confiaba en no tener que utilizarla, pero siempre, se dijo, resultaría un buen medio de escape, caso de fracasar en el empeño.

—Conviene prevenir todas las posibilidades —murmuró.

Regresó junto a la muchacha y procuró dormir. Las próximas horas nocturnas iban a resultar muy excitantes.

Era preciso estar bien descansado, a fin de culminar la operación con el éxito deseado.

* * *

Cuando se disponían a continuar la ascensión, Trysia, curiosa, miró de nuevo hacia arriba.

—Sigo viendo una sola estrella —dijo.

—Desde este lugar, no podrás ver más. Por otra parte, la perspectiva es muy distinta a la que se divisa desde el suelo y a cinco kilómetros de la montaña. Pero eso no tiene importancia ahora. ¿Estás lista?

—Con la piel de gallina, pero tenemos que hacerlo, ¿no?

Ultman sonrió, a la vez que apretaba su brazo con gesto afectuoso. Luego, resuelto, puso el pie en el primer peldaño.

El tiempo transcurrió insensiblemente. A veinte metros de la superficie. Ultman decretó un descanso de treinta minutos.

—Recobra el aliento, Trysia. Ya sólo falta la última etapa.

Desde el lugar en que se hallaban. Ultman podía ver muchas más estrellas. Las siete que daban el nombre a la montaña se confundían prácticamente con las demás, aunque le pareció ver una que brillaba con más esplendor que el resto.

Aquella estrella, se dijo, no pertenecía a la constelación. ¿Ocho estrellas?, se preguntó. ¿O eran siete? ¿Tal vez alguna más próxima?

Media hora más tarde, se puso en pie. Ahora subían en el más completo silencio, deteniéndose de cuando en cuando para escuchar. Pero no percibían el menor sonido y ello les tranquilizó.

—No nos esperan —dijo Trysia, muy aliviada, cuando ya sacaba medio cuerpo fuera del borde del pozo.

Ultman le tendió una mano para ayudarla a salir. En el

mismo instante, se sintieron bañados por el resplandor de varios focos luminosos de gran potencia.

Una voz, a través de un megáfono, tronó a no demasiada distancia:

—¡No se muevan! —ordenó alguien—. Permanezcan donde están, si no quieren morir en el acto.

Trysia lanzó un grito de terror. Ultman apretó los labios.

—He calculado mal —dijo. Sonó una burlona carcajada.

—General Ultman, sin duda creyó que podría sorprendernos —dijo el invisible interlocutor—. Es usted muy ingenioso, pero, créame, nunca dejamos de pensar en la posibilidad del pozo del ascensor. Es más, desde anoche, sabíamos que estaban ustedes allá abajo. Nos hemos limitado a esperarles, eso es todo.

Trysia, instintivamente, se apretó contra el cuerpo del joven.

—Supongo que hablo con el coronel Visstin —dijo Ultman, tratando de recobrar la seriedad.

—El nombre poco importa, general.

—A mí sí me importa, para poder informar a su Majestad cuando tenga el honor de hablar nuevamente con él...

—Su Majestad está en cura de reposo y los médicos que le atienden han prohibido toda clase de visitas —dijo Visstin—. Sólo el Regente está autorizado para verle y consultar ciertos aspectos del gobierno, pero nadie más puede ver al emperador.

—Muy bien, en tal caso, suspenderemos la visita para mejor ocasión. Coronel, dispense, pero tenemos que marcharnos —contestó Ultman.

—No tenga tanta prisa, general. Ha cometido usted un delito gravísimo al penetrar sin permiso en zona prohibida. Además, sabemos que provocó un motín en el campo número cuatro, con su destrucción total y la evasión de millares de prisioneros. Son delitos de los que debe responder.

—¿Ante su justicia, Visstin?

—Estoy facultado para acusar, juzgar y sentenciar. Y ustedes han sido ya juzgados y sentenciados... ¡a volver por el mismo

camino que han seguido para llegar hasta aquí!

Trysia se sintió espantada al comprender el significado de la frase.

—Mil quinientos metros de caída... —gimió.

—Exactamente, señorita Toldon —confirmó Visstin.

Ultman enlazó fuertemente el cuerpo de la muchacha con sus brazos.

—Coronel, voy a decirle una cosa: No quiero darle el gusto de empujarnos al pozo. Puesto que estamos perdidos, al menos nos quedará el breve consuelo de saber que sus sicarios no nos han puesto las manos encima.

Y, apenas había pronunciado las últimas palabras, levantó en peso a la muchacha y se lanzó al vacío.

Desde el otro lado de los focos, Visstin, con sus hombres, se quedó estupefacto al ver la inesperada acción del joven.

—No me lo puedo creer —barbotó—. Han preferido suicidarse...

Uno de los guardias corrió hacia el borde y miró hacia abajo.

—Han tenido que morir, señor —exclamó.

Visstin hizo un gesto de rabia. Luego se tranquilizó.

—Bien, a fin de cuentas, era eso lo que íbamos a hacer, de modo que, en todo caso, nos han evitado un trabajo. Vuelvan todos a sus puestos y olviden lo sucedido.

Visstin se dispuso a informar lo que había pasado. De pronto, recordó algo.

—Vinieron en un aeromóvil —murmuró—. Convendría encontrarlo. Tal vez tienen cómplices...

Volviéndose hacia uno de sus ayudantes, le dio la orden de buscar a toda costa el aeromóvil de Ultman. El hombre partió inmediatamente, seguido de otros dos. Luego, Visstin se encaminó hacia uno de los edificios, con objeto de ponerse en contacto con el Regente del imperio.

Durante una fracción de segundo, Trysia creyó que Ultman se había vuelto loco. Aterrada, se sintió dar vueltas por el aire, mientras caía a lo largo de lo que le parecía un pozo sin fondo.

Confió en haber perdido el sentido antes de chocar contra el suelo. Pero, de repente, notó que Ultman se separaba de ella, dándole un ligero empujón.

La acción del joven tenía un objeto: evitar la caída juntos, ya que, de otro modo, podrían lesionarse ellos mismos. Inesperadamente, Trysia notó que chocaba contra algo blando, que cedía bajo el peso de su cuerpo, aunque sin romperse.

Rebotó hacia lo alto, perneando frenéticamente. Cayó otra vez, rebotó de nuevo, aunque ahora con menos ímpetu y, al fin, quedó tendida sobre un tejido cuya existencia se le antojaba pura fantasía.

—Estoy soñando...

Ultman se arrojó de pronto sobre ella y le tapó la boca con una mano.

—No hables, no hagas el menor ruido; estamos demasiado cerca de la boca del pozo. Las explicaciones, más tarde.

Una de las manos de Ultman asió la muñeca derecha de Trysia y ella se sintió arrastrada hasta un suelo más firme. Al hallarse sobre uno de los descansillos de la escalera, el frío metal le dijo que no soñaba, que estaba perfectamente despierta, aunque no comprendía en modo alguno cómo habían podido salvar la vida.

Entrevió a Ultman, arrodillado a su lado, haciendo algo extraño. Oyó un leve siseo, pero fue un sonido que se disipó muy pronto.

—He destruido la red. Si acercan un foco, no verán nada —explicó Ultman.

Trysia, sentada sobre sus talones, se sentía pasmada.

—¿Cómo...?

—Se me ocurrió la idea de la red, para caso de un apuro. La tendí mientras dormías. No podía confiar siempre en nuestra buena suerte.

—Entonces, por eso hiciste creer que nos lanzábamos al pozo...

—Sí, era lo mejor. La red ocupaba muy poco espacio; tenía las mallas hechas de hilos que no pasaban de la décima de milímetro de grosor, pero con la suficiente resistencia para soportar el peso de un elefante, en caso necesario. Pero ese material es fácilmente combustible, aunque sin llama, y se convierte en gas sin humo casi instantáneamente.

—Jaris, ahora ya no podemos volver arriba...

Ultman asintió.

—Debemos regresar por el mismo camino —dijo, con amargura en la voz—. Luego...

Trysia comprendió la tristeza de Ultman y puso una mano en su brazo.

—Al menos, lo has intentado —murmuró, tratando de consolarle—. Y, a fin de cuentas, si hemos fracasado, ¿qué podemos hacer?

—Sólo nos queda una salida, Trysia.

—¿Sí, Jarvis?

—Es de suponer que Frong, por medio de Visstin y Korpettron, nos buscará ahincadamente. Tenemos que abandonar Elhwanian, no nos queda otra solución.

—Muy bien, pero, ¿adonde iremos?

—A Neupax. ¿Te parece bien?

—Perfecto. ¿Qué le dirás a Dinolia?

—¿Podremos verla siquiera?

—¿Qué hay de los documentos que prueban la culpabilidad del gobierno de Zantor?

Ultman hizo una mueca.

—Me «desengancho» de la política —contestó—. Al diablo con todo y con todos... —Miró a la muchacha y sonrió—. Menos tú, claro —agregó.

Ella se atusó el pelo con coquetería.

—Parece que te gusto —dijo.

—No eres fea del todo —sonrió él.

—No soy fea del todo... —se indignó Trysia—. Antes de conocerte a ti, tenía los pretendientes a montones...

—Eran chicos con gusto, no cabe duda.

Bruscamente. Ultman se inclinó hacia ella y la besó en la boca.

—Me gustas más de lo que te imaginas, pero ahora no tenemos tiempo para arrumacos. Nuestras vidas siguen en peligro y hemos de buscar la mejor forma de salir de aquí, sin dejarnos la piel en el empeño.

—¿Qué distancia hay a la boca del pozo, Jaris?

—Unos cincuenta metros...

—Siete mil quinientos peldaños, menos doscientos cincuenta...

—No cuentes los escalones; cuenta, si acaso, los minutos y las horas —dijo Ultman a la vez que tiraba de su mano para ayudarla a pie y emprender el largo descenso hasta el fondo del pozo.

CAPITULO X

Trysia, agotada, se dejó caer en el suelo al final del viaje, más rápido que a la ida lógicamente, pero también sumamente fatigoso. Ultman le dio una tableta de alimento energético y unos sorbos de agua. Luego se encaminó hacia la salida del túnel.

Habían llegado nadando bajo el agua, por precaución, pero la boca del túnel, cuya parte superior quedaba a un par de metros de la superficie del lago, permitía ver la claridad del día.

—Imposible salir de aquí hasta que llegue la noche —murmuró.

Movido por la curiosidad, entró andando en el agua, hasta que le llegó al pecho. Así quedaba a pocos metros de la boca del túnel y podía divisar un ancho espacio del panorama exterior.

De pronto, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Un aeromóvil sobrevolaba lentamente los bordes del lago, arrojando algo que parecía líquido oscuro, como tinta. Ultman comprendió el sentido de la operación y se quedó helado.

Repentinamente, la lluvia negra tomó la forma de un aeromóvil posado en el suelo. No oía las voces de los tripulantes del otro aparato, pero podía imaginarse su júbilo al haber localizado un vehículo aéreo invisible y totalmente indetectable.

Los contornos de su aeromóvil eran ahora perfectamente visibles. Con el corazón encogido, Ultman vio al otro aparato elevarse casi verticalmente unos cientos de metros y luego disparar un proyectil de luz sólida, que provocó en el acto el estallido del blanco.

Los restos del aeromóvil se hicieron visibles en el acto, esparcidos en un gran trecho. La detonación llegó al túnel dos segundos más tarde.

Pequeñas columnas de humo se elevaron del suelo. Ultman, con la cabeza gacha, emprendió el regreso. Al llegar junto a la muchacha, la vio profundamente dormida. El agotamiento la había impedido oír el estampido causado por la destrucción del aeromóvil.

También él se sentía enormemente fatigado. Se tendió en el suelo y cerró los ojos.

Era preciso descansar, buscar en el sueño el olvido de la crítica situación en que se hallaba. Durante unos segundos, ideó una locura: volverían arriba y se apoderarían de un aeromóvil...

El cansancio le venció, que era lo que estaba deseando, y se durmió profundamente.

* * *

Un ligero resplandor entraba por la boca del túnel cuando abrió los ojos. Durante unos momentos, permaneció en una agradable duermevela, hasta que, recobrada la consciencia plena, supo que tenía que enfrentarse de nuevo con la más amarga de las realidades.

Sentándose en el suelo, miró a todas partes. De pronto, divisó una mancha blanca al fondo, cerca de la salida.

—¿Trysia?

—Ah, ya has despertado... Estoy tomando un baño, Jaris.

Ultman respingó.

—Un baño —repitió.

—Suelo hacerlo a diario —contestó ella festivamente—. Pero no te acerques... Espera a que me haya vestido de nuevo.

—Parece que te sientes bien —dijo Ultman.

—Perfectamente. He descansado y me encuentro como nueva. ¿Cuál es el siguiente paso?

—¿El siguiente paso? Trysia, mucho me temo que no vamos a poder dar ese paso.

La muchacha, con el agua al cuello, se volvió rápidamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Descubrieron la nave y la volaron con un torpedo de luz sólida. Ahora tenemos que enfrentarnos a seiscientos kilómetros

de desierto, con cuatro tabletas alimenticias y una cantimplora de agua que llenaremos en el lago.

—¡No podremos sobrevivir! —exclamó ella, aterrada.

—Tal vez sí. Hay una solución, pero de antemano te advierto que es desesperada. Posiblemente, nos dejaremos la vida en la operación, pero es evidente que no podremos sobrevivir en el desierto.

—Jaris, ¿cuál es esa solución?

—Volver arriba y tratar de apoderarnos de un aeromóvil.

Sobrevino un espacio de silencio. Ultman comprendió que Trysia trataba de meditar sobre lo que acababa de escuchar.

—La sola idea de subir otra vez siete mil quinientos peldaños me aterra —dijo Trysia al cabo—. Pero si crees que no hay más remedio...

—Ellos piensan que nos hemos matado. Serían de nuevo dos jornadas. Incluso en la última podríamos quedarnos mucho más cerca de la salida. No esperan que volvamos por el mismo sitio, de modo que tendríamos garantizado el factor sorpresa. Luego con un poco de suerte, quizá...

—En ese plan hay un par de objeciones que convendría tener en cuenta —dijo ella—. Primero, pueden enviar a alguien a recoger, los cadáveres. Entonces, nos tropezaríamos con ellos y así sabrían que estamos vivos.

—Como sea, tenemos que correr el riesgo, Trysia. ¿Cuál es la otra objeción?

—¿Por qué han destruido tu aeromóvil? Si nos creían muertos, esa destrucción es algo que no tiene sentido, ¿no crees?

—Sí, hasta cierto punto. Pudieron pensar que había algún cómplice a bordo, aguardando nuestro regreso. Para ellos, por tanto, lo más cómodo y una vez fracasado el intento de rescate, es liquidar a ese supuesto cómplice, sin molestarse en interrogarle siquiera.

—De todas formas, la primera objeción sigue siendo válida, Jaris.

—No lo niego, pero si no hacemos eso. ¿que otro recurso nos

queda?

Trysia lanzó un hondo suspiro.

—Voy a salir —anunció—. Si no miras, no te sentirás provocado.

Ultman hizo una mueca.

—En este momento, ni mil mujeres desnudas conseguirían excitarme —rezongó.

—Pero animarían la cosa, ¿verdad? —exclamó ella, riendo a la vez que salía del agua, deslumbrante como una estatua viva, increíblemente hermosa en la penumbra del túnel.

Ultman dijo algo entre dientes y volvió a tenderse en el suelo.

—Atacaremos la escalera al anochecer —decidió—. Si, para entonces, no ha bajado ningún esbirro de Visstin a investigar, procuraremos llegar hasta las inmediaciones de la boca del pozo. Allí esperaremos el día y buena parte de la noche, hasta el momento de buscar el aeromóvil.

—No se hable más: lo haremos como dices —concordó la muchacha.

* * *

Apenas cayeron las primeras sombras, Ultman y Trysia se pusieron en pie y caminaron hacia el pozo. Una vez allí, Trysia lanzó una resignada mirada a las alturas.

—Siete mil quinientos peldaños...

Ultman le dio una palmada en el hombro.

—Quince mil, cuando hayamos llegado arriba —dijo.

—No —corrigió ella— Veintidós mil quinientos, porque volvimos a bajar por la escalera, recuérdalo. Bueno, restemos los que descendimos por el aire y... Pero no hablemos más; es perder aliento tontamente.

Trysia, resuelta, puso el pie en el primer escalón. De nuevo

fijó la mirada en las alturas.

—Es curioso, sigo viendo la misma estrella que el primer día. Y lo más extraño del caso es que en ningún momento ha cambiado de posición —dijo.

—Eso es imposible. Elhwania, como todos los planetas tipo Tierra, tiene un movimiento de rotación sobre su eje independientemente del de traslación en torno a su Sol. Por tanto, las estrellas van cambiando de posición en el cielo durante la noche y también en las diferentes estaciones.

—Será como dices, pero yo sigo viendo esa estrella. Y en las dos noches precedentes, no se ha movido de su sitio —insistió la muchacha.

Ultman frunció el ceño. Acercándose más al entramado de hierro, levantó la cabeza.

La boca del pozo, lógicamente, no se divisaba, pero la estrella continuaba brillando allá arriba, señalando con su resplandor el punto que podía representar la salvación o la muerte.

—Eso no puede ser —murmuró—. Una estrella no permanece fija en el firmamento las veinticuatro horas. Se oculta, con los demás astros...

De repente, un estremecimiento sacudió su cuerpo de la cabeza a los pies.

—Trysia...

—¿Sí, Jaris? —dijo ella, inquieta al observar la expresión del rostro del joven.

—¿Y si no fuese una estrella?

—¿Qué podría ser, en tal caso?

—Un satélite geoestacionario permanece siempre en la vertical del mismo punto de la superficie del planeta, porque su velocidad orbital es idéntica a la de rotación de ese planeta

—Tiene que ser un satélite, puesto que en tres noches no ha cambiado de posición.

Trysia sonrió amargamente.

—Una órbita geoestacionaria, con respecto a Elhwanía, significa que el satélite está a treinta y seis mil kilómetros. Y no hay escalera que llegue hasta allá arriba.

—Pero sí una astronave, Trysia.

—¿Una astronave? Dime. ¿dónde está?

Ultman desvió la dirección de su mirada, para fijarla en la cúpula redondeada de la caja del ascensor, situada al nivel de sus pies.

—Quizá la tenemos más cerca de lo que crees —dijo.

A poca distancia, había una escalera de servicio, que se hundía en el pozo, destinada, sin duda, a mantenimiento y reparaciones. Ultman, con la ayuda de la vela, descendió por la escalera, y se situó junto a una escotilla lateral de un ascensor que, extrañamente, tenía forma cilíndrica.

La base del aparato quedaba todavía varios metros más abajo. Ultman divisó un círculo verde junto a la escotilla y apretó a fondo.

Una compuerta se abrió inmediatamente, a la vez que se encendían las luces interiores del aparato. Trysia, atónita, no pudo evitar un grito de asombro.

—Baja aquí —llamó él—. Si resulta que no es una nave, nos ahorra siete mil quinientos peldaños.

—¿Y si lo es?

—Nos evitará tener que capturar un aeromóvil.

Trysia entró en el interior del aparato. Ultman había subido ya a un piso superior y examinaba con atención el cuadro de instrumentos.

Ella aguardó un rato, hasta que vio que el joven parecía haberse impuesto de la forma de gobernar la nave. Al fin, Ultman se volvió, con la sonrisa en los labios.

—He estado pensando una cosa y creo haber dado con la solución.

—Saldremos como si viajásemos en una bala de cañón, ¿no?

—Algo por el estilo, pero no es eso precisamente lo que se

me ha ocurrido. Trysia, dijiste que eres diplomada en telepatía...

—Pero no pienso entrar en las mentes ajenas y nunca sin el consentimiento de una persona receptiva —alegó la muchacha.

—Bien, lo sé, aunque hay ocasiones en que las reglas deben dejarse de lado. Trysia, ¿por qué no tratas de penetrar en la mente de una persona que, supongo, está en el satélite?

—¿Quién es esa persona? —preguntó ella, extrañada.

—¿No eres capaz de imaginártelo?

Trysia se puso una mano en el pecho.

—No... —dijo en voz baja.

—Yo pienso que sí

—¿Qué te hace suponer que tienen a Attruk allá arriba, a treinta y seis mil kilómetros de distancia?

—El Monte de las Siete Estrellas, aparentemente, es el lugar indicado para guardar al emperador. Pero también es vulnerable; aunque nosotros hemos fracasado, otros pueden conseguirlo. En el satélite, el rescate es mucho más difícil, por no decir imposible.

Ella hizo un gesto de desaliento.

—En tal caso, no podremos rescatar a Attruk —dijo.

—Espera, no te desanimes tan pronto. Nosotros tenemos ciertos factores a nuestro favor. Primero, una nave que, seguramente, es conocida de los guardianes que hay en el satélite.

—Acaso se necesita una contraseña para acercarse sin peligro de recibir un torpedo de luz sólida.

—Precisamente por eso necesito de tus poderes telepáticos.

—¿Y si no consigo contactar con Attruk? ¿Cómo sé yo que es receptivo a mis emisiones mentales?

—Bueno, al menos, inténtalo. Si no lo consigues, procuraremos asaltar el satélite como sea. Anda, haz un esfuerzo; mientras tanto, yo voy a recorrer la nave, para ver con qué equipos podemos contar.

—De acuerdo —cedió Trysia—, Haré lo que pueda. Jaris.

Ultman se inclinó y la besó en una mejilla.

—Lo conseguirás —dijo.

CAPITULO XI

La nave estaba mucho mejor equipada de lo que había esperado. En un compartimiento encontró cuatro trajes espaciales, además de una panoplia de armas y herramientas, que les permitirían, no sólo defenderse, sino también hacer algunas reparaciones, en caso de avería. Asimismo halló un bien provisto frigorífico, además de una alacena con gran cantidad de conservas y bebidas, y unas cuantas docenas de botellas, debidamente aseguradas para evitar roturas en movimientos bruscos de la nave.

Había también un tanque de agua con capacidad para cinco metros cúbicos y un pequeño, pero completo cuarto de baño. A fin de dar una sorpresa a la muchacha, preparó dos buenos bocadillos, descorchó una botella y, poniendo todo en una bandeja, se dirigió a la cabina de mando.

Trysia estaba sentada en uno de los sillones, con las manos crispadas en los brazos y los ojos cerrados. Ultman advirtió la profunda concentración de la muchacha y se abstuvo de hacer el menor ruido, aguardando pacientemente a que ella volviese a la normalidad.

Transcurrieron unos minutos. Al fin. Trysia suspiró, aflojó la tensión de sus manos y se enderezó un poco.

—Jarís...

—Estoy aquí, Trysia.

—He conseguido...

De repente, Ultman oyó voces fuera de la nave.

—Calla, no sigas —ordenó.

La compuerta estaba todavía abierta. Ultman dedujo inmediatamente que Visstin había enviado una patrulla a recoger sus cadáveres.

—Trysia, sujétate con el arnés de seguridad —dijo.

Un agudo grito llegó hasta ellos, desde varias docenas de metros de altura. La peculiar forma del hueco permitía la fácil

propagación de los sonidos.

—¡Están vivos! Han ocupado la astronave...

—Avisa inmediatamente a los de arriba —ordenó alguien—. Pide que cierren la compuerta superior. Si despegan, llegará un momento en que el aire comprimido les impida subir más arriba...

Ultman oyó aquello y se le pusieron los pelos de punta. Inmediatamente, sin preocuparse de sujetarse al sillón, presionó el botón de arranque.

La escotilla se cerró automáticamente apenas la nave se puso en movimiento. Enormes chorros de gases surgieron de la base del aparato, mientras en el exterior sonaban gritos de pánico.

Lentamente al principio, con mayor rapidez después, la nave inició la ascensión, moviéndose a lo largo de los carriles guía. Ultman contuvo el aliento.

El funcionamiento de los motores en aquella fase era automático. Nada de lo que hiciera serviría para aumentar la velocidad. Si el mensaje del jefe de la patrulla llegaba a tiempo, lo menos que podía sucederles era que se estrellasen contra la «tapa» del pozo que alguien se disponía a colocar en aquellos momentos.

La nave aceleró gradualmente, ganando velocidad a cada segundo que transcurría. Ultman conectó uno de los periscopios exteriores, que transmitían imágenes a una de las pantallas de observación, y pudo ver el brillo del satélite arriba, a treinta y seis mil kilómetros.

La aceleración le aplastó contra el asiento. Conteniendo el aliento, vio que la boca del pozo se acercaba rapidísimamente. Ya no podían evitar el choque. O se estrellaban o...

Lanzada como un proyectil, la astronave surgió del pozo, dejando una bramadora estela de fuego, que abrasó a cuantos se hallaban en las inmediaciones. Eliminado el rozamiento con los carriles, la velocidad aumentó más todavía, hasta que Ultman consiguió alargar la mano y conectar el mando antigravedad, que suprimía los efectos de la aceleración.

La presión cesó instantáneamente. Ultman observó los instrumentos y se dispuso a desconectar los reactores de despegue. A partir de aquel momento, navegarían con los motores de plasma, que no emitían luz alguna y que podían conferir a la nave

una velocidad próxima a la de la luz.

Además, podía utilizar los controles manuales, por lo que podía gobernar la astronave en el rumbo deseado. Aliviado, estabilizó la velocidad, dejándola en unos límites razonables y luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien, aunque algo aturdida... ¿Te dije que había conseguido tomar contacto con Attruk?

Ultman meneó la cabeza pesarosamente.

—Eso ya no sirve de nada —dijo—. Ya saben que nos hemos apoderado de la astronave y, por tanto, por pura lógica, habrán avisado a los guardianes del satélite para que estén prevenidos.

Se puso en pie y sonrió con amargura al ver la bandeja y su contenido esparcidos por el suelo. La botella se había roto y el vino que contenía manchaba el pavimento.

—Voy a limpiar esto —dijo—. Luego prepararé más comida. Creo que necesitamos algo más sustancioso que tableas energéticas, Trysia.

—¿Hay comida a bordo? —se asombró ella.

—La suficiente para sobrevivir un año, si fuese preciso.

—¿Crees que permaneceremos tanto tiempo dentro de la nave?

Ultman hizo un gesto ambiguo con las manos.

—En estos momentos me siento incapaz de predecir siquiera lo que pasará después de los próximos treinta minutos —respondió, lleno de pesimismo.

Por el momento, habían salvado la vida. Pero Frong, Visstin y Korpattron les sabían vivos y harían esfuerzos inimaginables para conseguir eliminarles.

* * *

El satélite aparecía en la pantalla, alargado, de forma

cilíndrica, aunque con protuberancias que eran antenas y elementos de navegación que debían estar situados en el exterior. En el vientre se veía brillar un potentísimo foco, cuyo objeto resultaba incomprensible para Ultman.

Estaban a unos dos mil kilómetros, pero el aumento óptico situaba el satélite a unos doscientos metros. Repentinamente, el foco se apagó y el satélite quedó como una masa oscura, en la que apenas se divisaban un par de chispitas amarillas, que correspondían a otras tantas lucernas.

—Creo que ya sé lo que significaba ese foco —dijo él

—¿De veras?

—El satélite «tapaba» una estrella de las siete, de modo que, cualquier observador casual, como nos sucedió a nosotros en principio, no sospechaba nada al ver la «normalidad» en la constelación. El engaño ya no tiene objeto. Saben que nos acercamos y están dispuestos a hacernos una recepción que no se podrá calificar de fría precisamente.

Hizo una pausa y torciendo el gesto, añadió:

—No sé cómo diablos vamos a conseguir entrar sin ser vistos...

—Yo si lo sé —dijo Trysia sorprendentemente.

Ultman se volvió hacia ella.

—¿Has estado alguna vez en ese satélite?

—No, Jaris.

—¿Entonces...?

Ella sonreía sibilinamente.

—Te dije que había contactado con Attruk.

—Sí, es cierto.

—Attruk me facilitó la contraseña, pero añadió que no serviría de nada, si sospechaban de nosotros. Hay cuatro escotillas de acceso al satélite y todas ellas estarán vigiladas por hombres armados, dispuestos a todo.

—Entonces, no podremos entrar...

—Sí podremos, Jaris.

—A ver, explícate.

—Cuando era joven, Attruk se graduó en telepatía, obteniendo el título de Primer Maestro, lo que significa que puede contactar con cualquiera y «conversar» con él o ella indefinidamente, aunque su «interlocutor» tenga la respuesta muy débil.

—Eso no le ha servido de mucho con Frong —dijo Ultman, sarcástico.

—Un telépata no puede contactar con otro, si antes no ha recibido señal previa. La mente de Frong, por lo tanto, le resultaba intraspasable.

—Y la tuya...

—El satélite dispone de una entrada secreta, situada en la parte superior, es decir, en el lado opuesto al planeta. Attruk lo hizo construir para su digamos, recreo, y ordenó al ingeniero la instalación de una escotilla sólo conocida por él.

—No entiendo el objeto...

—Dinolia, hombre —rió la muchacha.

—Ah, ahora sí...

—Hubo un tiempo en que se veían en secreto. Después, ya no importó se conociera la relación entre los dos. Dinolia acudía a las citas, siguiendo la misma órbita que vamos a seguir nosotros, para llegar al satélite.

—¿La conoces, Trysia?

Ella se la indicó. Segundos después, la nave iniciaba un cerrado viraje a la derecha, a la vez que, aparentemente, se lanzaba de nuevo hacia la superficie del planeta.

A unos cien mil kilómetros de distancia. Ultman corrigió el rumbo y ascendió hasta situarse en la vertical del satélite. Entonces, inició el descenso dispuesto a realizar el asalto final.

—Los dos teníamos motivos más que suficientes para desear la muerte de Attruk y, sin embargo, vamos a rescatarle y procurar que siga viviendo —dijo amargamente.

La nave se detuvo a pocos metros de la superficie del satélite. Equipados con trajes de vacío, Ultman y Trysia salieron al vacío sideral y se dejaron caer lentamente hacia el enorme artefacto que parecía inmóvil en el espacio. Más abajo, a treinta y seis mil kilómetros, Elhwanian, resplandecía como una esfera de plata y azul, una joya incomparable en la que, sin embargo, hervían la ambición y la codicia más desatadas.

Dejándose de pensamientos filosóficos, Ultman puso los pies en el satélite y se agachó para manejar los controles externos de la escotilla. Todos los sistemas de aquella entrada eran absolutamente independientes, incluso con su generador propio, por lo que era lógico suponer que su irrupción no sería detectada hasta el último momento, en el peor de los casos.

Trysia llevaba un tercer traje de vacío, para Attruk, ya que pensaban regresar al planeta en la misma nave. Al cabo de unos segundos, la escotilla se abrió y pudieron pasar al interior.

Ultman cerró la compuerta. Los mecanismos automáticos repusieron el aire, lo que les permitió levantar las viseras de los cascos.

—Ahora tendríamos que saber dónde está Attruk —dijo en voz baja.

—Lo siento. Alguien interrumpió su concentración, cuando se disponía a decírmelo.

Ultman hizo una mueca de disgusto. Sacó la pistola de plástico y abrió la compuerta interior.

Debajo de ellos había una larga cubierta, con corredor en voladizo. En un nivel inferior se veía lo que, sin duda, era la zona de recreo del satélite, con un pequeño jardín y un surtidor de agua que se reciclaba a fin de evitar pérdidas. Los mecanismos gravitatorios permitían residir allí con una normalidad casi completa, en una gravedad apenas un cuarto inferior a la normal.

Los movimientos, por tanto, eran más ligeros. Ultman pasó al corredor y se deslizó rápidamente, seguido por la muchacha.

—Deberíamos haber consultado a Dinolia... —gruñó.

—¿Y cómo podíamos suponer entonces que estaría aquí? —contestó ella, con toda lógica.

El corredor doblaba en ángulo recto un poco más allá. Cuando alcanzaban la esquina, surgió un soldado inesperadamente.

El hombre abrió la boca. Ultman, veloz como el rayo, aprovechó para meterle el cañón de la pistola.

—Si emites el menor sonido, considérate muerto —dijo amenazadoramente.

Los ojos del guardia se desorbitaron. Al pánico que le infundía la pistola introducida en su boca, se unía la sorpresa de verse ante dos personas, cuya presencia allí le resultaba absolutamente inesperada.

—¿Sabes dónde está el emperador? —preguntó Ultman.

El hombre hizo un gesto de asentimiento. Entonces, Ultman retiró la pistola y, obligándole a girar en redondo, la apoyó en su nuca.

—No seas héroe —dijo—. Guíanos y salvarás la vida. De lo contrario...

Dejó la frase sin concluir, a fin de que su sentido intimidatorio penetrara en la mente del soldado. Este, siempre sujeto por Ultman, caminó unos metros, hasta detenerse ante la puerta.

—¿No hay vigilancia? —se asombró Ultman.

—Estaba yo, pero iba a... al lavabo...

Ultman sonrió para sí.

—El cuerpo humano, a veces, juega malas pasadas —dijo—. Abre inmediatamente.

El guardia obedeció. Ultman lo empujó con violencia.

Attruk, sentado al fondo de una amplia estancia, se levantó al verles.

—Habéis triunfado —sonrió, satisfecho.

CAPITULO XII

El guardia permaneció a un lado. Trysia miró al cautivo casi con odio.

—Mi madre murió por mi culpa...

—Lo siento —dijo Attruk—. Hay mucho que discutir sobre los campos de «kronite», pero éste no es el momento. Se te indemnizará adecuadamente y... —Miró al joven—. ¿Qué planes tienes para salir de aquí, general?

—Hemos traído un traje de vacío, señor. Lo tenemos en la compuerta secreta. La nave está fuera, suspendida a menos de veinte metros del satélite —explicó Ultman.

—He cometido errores en el pasado —dijo Attruk—. Todo será distinto a partir de ahora, aunque debo añadir que no he sido el único. Tal vez confié demasiado en quien no debía...

—Las disculpas, para otro momento, señor —cortó Ultman—. Ahora corremos riesgos. Es preciso salir de aquí cuanto antes.

—Un momento, por favor.

Attruk levantó su mano. Ultman le miró, extrañado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Has dicho que tienes una nave encima del satélite.

—Sí, señor.

—Notarán mi falta muy pronto. Aunque no descubrieron la entrada secreta, armaron el satélite sin mi consentimiento. No lo he sabido hasta hace muy pocos días. Hay torpedos sólidos, digamos clásicos, excepto por el motor, capaz de impulsarlos al blanco a una velocidad Sub-L-2. ¿Sabes lo que eso significa?

Ultman se sintió aterrado.

—¡Ciento cincuenta mil kilómetros por segundo! —exclamó.

—Exactamente. Por eso es necesario inutilizar el control de fuego. De lo contrario, no llegaremos vivos a Elhwanía.

—Bien... —Ultman inspiró profundamente—, si su majestad me indica cómo llegar hasta ese centro de tiro... —Se volvió hacia la muchacha.

Ultman meditó unos segundos. Luego hizo un gesto con la mano.

—Marchaos, pronto.

Attruk y Trysia echaron a correr. Ultman empujó al soldado.

—Guíame al puesto de mando —ordenó.

Un minuto más tarde, penetraban en el puente. Había un oficial de guardia, quien se puso en pie, atónito al ver entrar a alguien extraño en el lugar.

Ultman le encañonó con la pistola.

—¡Apártate! —ordenó—. ¡Fuera, pronto!

El hombre obedeció en el acto. Ultman llevaba puesto el casco espacial, aunque con la visera alzada, a fin de poder oír todo sin necesidad de utilizar el transmisor incorporado.

La llave de los circuitos de fuego apareció inmediatamente ante sus ojos. Alargó la mano izquierda y, cuando ya se disponía a hacerla girar, oyó una voz a sus espaldas:

—No toque eso, general.

* * *

Había oído hablar mucho de él y su nombre había sido mencionado con gran frecuencia en las conversaciones sostenidas tanto con Dinolia como con Trysia, pero nunca lo había visto en persona. Ni siquiera lo conocía en efígie, pero no podía dudar que estaba ante el usurpador, el Regente por voluntad propia, el Gran Mariscal Nabir Frong.

Era un hombre en apariencia insignificante y que vestía con suma sencillez, pero en el fuego de sus ojos, y en el saliente de su cuadrada mandíbula se apreciaban una energía y una ambición sin límites. En el vocabulario de Navir Frong, pensó Ultman, quedaba excluida la palabra piedad.

Su lema, dijo, debía de ser el egoísmo. Le extrañó verle ataviado con una simple blusa y unos pantalones ajustados, con botas incorporadas, pero sin escolta de ninguna clase.

La pistola que empuñaba era, sin embargo, la mejor escolta que podía desear. El arma disparaba proyectiles de luz sólida, capaces de carbonizar primero y luego vaporizar a una persona en menos de veinte segundos.

Tras las primeras palabras de Frong, se produjo una pausa de silencio, que el mismo recién llegado se encargó de romper.

—Tenía ganas de conocerte, general —dijo, sonriendo con expresión aparentemente apacible—. En los últimos tiempos, me has dado muchos quebraderos de cabeza, debo admitirlo.

—Las circunstancias, señor —respondió Ultman sin perder la calma.

—Sí, nos han enfrentado, general...

—Perdón, Frong; ese título es meramente honorífico. Me lo concedió Su Majestad, como último comandante de las fuerzas armadas de Zantor, pero no tengo ese rango ni, lo que es más todavía, lo deseo.

—Hombre humilde —rió Frong—. De todos modos, es un detalle irrelevante, me parece. Sí lo prefieres, te llamaré por tu nombre.

—Como quieras, señor.

Ultman tenía aún la pistola en la mano derecha, mientras la izquierda se hallaba apoyada en la llave del control de tiro, que no había llegado a mover. Se preguntó si podría hacerlo antes de que Frong apretase el disparador de su pistola.

El arma que tenía podía disparar en ráfaga y se previno para ello, moviendo discretamente con el pulgar el dispositivo apropiado. Pero tenía que distraer a Frong como fuese.

—Has conseguido que escape el emperador —dijo Frong—. No llegará vivo a la superficie de Elhwanian.

—Sí, creo que este satélite está armado con unos torpedos muy veloces —contestó el joven con aparente indiferencia—. Pero, ¿te has parado a pensar en las consecuencias de tu acto?

Frong se echó a reír.

—¿Quién sabrá que en esa nave viajaba Su Majestad, acompañado de una chica? A veces, se producen accidentes incomprensibles...

—Muy bien pensado, Nabir. Y ¿cómo justificarás la muerte del emperador? Tendrás que presentar su cadáver al pueblo, supongo.

—Hay máquinas que duplican la figura humana. No será difícil encontrar un hombre con el que realizar el experimento. Quizá tú mismo, Jaris Ultman.

—¡Qué horror! —dijo el joven burlonamente—. Recibir honras fúnebres dignas de un emperador... Será maravilloso, supongo; y tú presidiendo el cortejo... en espera de la decisión de una asamblea que te otorgue y confirme el título de emperador. ¿No es eso lo que deseas?

—¿Puedes dudarlo?

—Pero, no ignoras, supongo, que muchos planetas se rebelarán contra tu autoridad, que se producirán gigantescas batallas en el espacio, con la muerte de centenares de miles de soldados... La galaxia se pondrá al rojo vivo y tú no podrás dominar todas las rebeliones que se produzcan.

—Deja esos problemas de mi cuenta —sonrió Frong—. Ya me preocuparé yo de los asuntos de alta política, cuando haya conseguido lo que deseo.

—Con la ayuda de la «kronite» dé Zantor, ¿verdad?

Frong entornó los ojos.

—¿Quién te ha dicho...?

—Attruk tenía la intención de suprimir los campos de prisioneros que extraían la «kronite» a un costo en vidas humanas y económico difícilmente soportable. En Zantor se han descubierto enormes yacimientos, de facilísima extracción y transformación muy económica, lo que implica la utilización de muchas máquinas, pero pocos hombres, con la baratura de costes consiguiente. Pero un gobierno leal a su planeta, hubiera exigido mucho más a Attruk de lo que exigió el nuestro, en lugar de vender la exclusiva de la minería de «kronite» por una bagatela. Bueno, para ellos representaba enormes sumas de dinero, pero el

precio así pagado resultaba ínfimo con lo que debería haber costado en realidad.

—Eso es algo que muy pocos sabían...

—Attruk reunió información que ni tú mismo pudiste conseguir, y me la entregó para que yo pudiera conocer las causas reales de la guerra entre Zantor y el Imperio. El gobierno de Zantor habrá dimitido ya, por haber perdido la guerra, pero todos sus miembros se han hecho inmensamente ricos. En una palabra admitieron el soborno, sin importarles el sacrificio de millares de hombres y mujeres leales a su planeta. Y eso fue todo obra tuya, porque ibas a perder la notable fuente de ingresos que suponía la «kronite» extraída en Elhwanian, cuando Attruk hubiese dado la orden de clausurar los campos de trabajo y libertar todos los prisioneros, una orden que tú, lógicamente, no habrías podido desobedecer de forma pública. Eso no te convenía y... ¿Es necesario que siga con el relato de tu traición, Nabir?

Los ojos de Frong chispearon con furia infinita.

—No, no es necesario, pero tampoco lo repetirás a nadie...

—Nabir, en tu lugar, antes de apretar el disparador de esa pistola, yo me cercioraría de que el intruso ha llegado solo al satélite. Puedes tener a un cómplice a tus espaldas, apuntándote con una pistola, ¿sabes?

Frong se estremeció. Ultman se preguntó si caería en una trampa tan ingenua, pero la desconfianza era el sentimiento más relevante en el ánimo del traidor, y lo vio volverse un instante hacia la entrada a la cabina de control.

Inmediatamente, con movimientos velocísimos, alzó la pistola y disparó una larga ráfaga contra los vidrios de la lucerna más próxima, a la vez que bajaba la visera de su casco. Frong se dio cuenta del engaño y se revolvió furiosamente.

La descarga que había disparado pasó por encima de Ultman, quien se había agachado oportunamente, previendo la reacción de Frong, y deshizo otro vidrio. El aire contenido en la cabina rugió al escaparse al vacío sideral, por los huecos abiertos a causa de los disparos de las dos armas.

Frong lanzó un horripilante alarido al darse cuenta de lo que sucedía, pero su voz se confundió con el bramido del huracán provocado por el escape de la atmósfera interior. Ultman también

se sintió zarandeado y previo que iba a ser arrastrado al exterior.

Los mecanismos de suministro de aire a la escafandra habían actuado automáticamente al bajar la visera del casco. Frong, envuelto en el torbellino de aire que se vaporizaba rapidísimamente, salió disparado al vacío sideral, braceando frenéticamente. Pero sus movimientos no iban a durar mucho, pensó Ultman, mientras, sintiéndose levantado del suelo por la succión, hacia girar la llave en el sentido indicado por Attruk.

Rodeado por una nube de vapor blanquecino, se dejó llevar fuera del satélite. En el interior, los sensores barométricos cerrarían automáticamente las compuertas de los compartimientos estancos, pero nadie podía detener ya el mecanismo de relojería que activaría los sistemas de ignición de los torpedos cinco minutos más tarde.

El impulso adquirido involuntariamente le llevó a pasar muy cerca de Frong. El traidor se había inmovilizado ya, con los ojos literalmente fuera de las órbitas y los brazos y las piernas extendidas en trágica aspa. La descompresión y el frío del vacío sideral, a -273°C le habían matado en menos de treinta segundos.

Ahora precisaba alejarse del satélite lo antes posible. El traje contaba con un pequeño propulsor de emergencia, a base de gas comprimido, que permitía movimientos en un reducido espacio. Pero ahora no necesitaba dosificar el contenido del propulsor y lo abrió al máximo, sin importarle el rumbo.

El aparato le hizo adquirir una enorme velocidad en contados segundos. Ahora tenía que enfrentarse con un nuevo peligro: si no conseguía que le recogieran, continuaría volando por el espacio indefinidamente, muerto una vez agotado el aire de los tanques de la escafandra.

Sin embargo, disponía de transmisor de radio y lo usó sin pérdida de tiempo:

—Trysia, estoy fuera del satélite, sólo con la escafandra. Ven a recogerme —llamó.

La respuesta de la muchacha tardó solamente unos segundos, pero le pareció que había transcurrido un siglo hasta que oyó su voz:

—Tranquilo, Jaris; ahora mismo vamos a buscarte.

—Cuidado con el satélite. Van a estallar los torpedos.

—Lo tendremos en cuenta.

Otra voz surgió por los auriculares del casco de Ultman:

—General, ¿qué ha sido de Frong?

—Ha muerto, señor.

Attruk guardó silencio unos instantes.

—Luego hablaremos de eso, Jaris —dijo al cabo.

—Bien, señor.

En aquel instante, se encendió lo que parecía un nuevo sol en el firmamento. Rayos de todos los colores brotaron del ígneo centro de la explosión, que se produjo sin el menor ruido. Luego se produjeron explosiones secundarias, pero las tinieblas volvieron a su poderío muy pronto y la oscuridad reinó de nuevo en el lugar ocupado hasta aquel momento por el satélite.

Ultman sonrió.

—Me gustaría ver la cara que han puesto Visstin y Korpattron —murmuró.

* * *

Attruk entró en la estancia, Dinolia, colgada de su brazo, sonreía feliz.

Ultman y Trysia charlaban, sentados en un diván, con las manos juntas, y al verlos, se pusieron en pie. Trysia dobló ligeramente una rodilla, en una cortesana reverencia, ejecutada con singular gracia.

—Tengo que hablaros —dijo Attruk—. En primer lugar, debéis conocer la buena noticia: Dinolia será la emperatriz muy pronto.

—Felicidades, señora —sonrió Ultman.

—Deseo que muy pronto pueda dar un heredero al imperio, señora —manifestó Trysia.

Dinolia se ruborizó.

—Todo mi empeño es hacer feliz a Su Majestad —repuso.

—Lo conseguirás, querida —dijo Attruk—. Otra cosa, general: Visstin y Kpatron han sido arrestados y serán juzgados por sus delitos, junto con todos sus cómplices. En cuanto a Zantor, la ocupación será, como deseé en un principio, simbólica. Tendréis nuevo gobierno, estableceremos un tratado sobre la «kronite»... y me gustaría que tú fueses mi representante personal en Zantor, Jaris Ultman.

El joven se sorprendió.

—Señor...

—Con rango de Alteza Imperial, transmisible a tus herederos —añadió Atruk—. El día que los tengas, claro.

Attruk miraba a la muchacha al pronunciar aquellas palabras. Trysia se sonrojó.

—Todavía no me ha pedido que me case con él, señor —contestó.

—Bueno, eso ya es cuestión de habilidad femenina... Pero lo hará, estoy seguro —rió Attruk—. Jaris, debes publicar los documentos que te entregué y que Dinolia, afortunadamente, supo conservar. Todo el mundo debe conocer la traición que el gobierno de tu planeta cometió contra su pueblo.

—Lo haré, señor —prometió Ultman.

—¿Cuándo puedo enviarte a Zantor como mi representante personal?

Ultman se volvió hacia la muchacha.

—Si te parece, podríamos hacer el viaje de luna de miel a Neupax. Tus padres y tu hermano pueden regresar ya a Elhwania y les agradecerá conocer las dos noticias: tu boda y su indulto total.

—Conforme, Jaris —respondió Trysia.

Attruk hizo un ligero ademán.

—Espero que seáis nuestros invitados el día de nuestra boda —dijo—. ¿Vamos, Dinolia?

Ultman inclinó la cabeza, mientras Trysia volvía a hacer una genuflexión. Al quedarse solo, Ultman se volvió y la abrazó estrechamente.

—¿Aceptas convertirte en princesa imperial? —preguntó.

—¿Quién podría decir que no? —rió ella, feliz.

F I N